







LAS FORMAS DEL FUEGO

Las Brujas de Ciudad Zamora



GERARDO STEINFELD

Las Brujas de Ciudad Zamora

PREMIO DEL CONCURSO PARA AUTORES INÉDITOS
MENCIÓN NARRATIVA, 2024



1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

Las Brujas de Ciudad Zamora

© Gerardo Steinfeld

MONTAJE DE PORTADA

Xxxxxxx

FOTOGRAFÍA

Arturo Moreno

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y CONCEPTO GRÁFICO

Sonia Velásquez

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C. A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2025000692

ISBN 978-980-01-2543-4

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Monte Ávila Editores Latinoamericana, C. A.
Concurso para Autores Inéditos 2024

VEREDICTO

Quienes aquí suscribimos, Mercedes Franco, C. I. 3.810.170; José Negrón Valera, C. I. 15.709.748 y José Luis Vásquez, C. I. 5.465.144, constituidos como miembros del jurado del **Concurso para Autores Inéditos de Monte Ávila Editores Latinoamericana 2024, mención narrativa**, reunidos presencialmente con el objeto de deliberar sobre los ganadores de esta edición, hemos acordado lo siguiente:

Luego de revisar exhaustivamente cada uno de los manuscritos y después de intensas y enriquecedoras discusiones que se llevaron a cabo, acordamos por unanimidad, conceder el premio único a la obra ***Las Brujas de Ciudad Zamora***, firmada con el pseudónimo **Gerardo Steinfeld**.

Esta obra destaca por su audacia al construir mundos fantásticos con una imaginación desbordante y una voz narrativa singular. El lenguaje empleado es irreverente, fluido y cargado de una vitalidad que atrapa al lector desde las primeras líneas. El autor logra tejer una historia que, más allá de su trama envolvente, navega con tino e ingenio el género fantástico.

Una vez abierta la plica correspondiente, su autor resultó ser **Gerardo González**.

Firmado en Caracas, a los 2 días del mes de abril de 2025.



El extraño manuscrito de Ariel Betancourt

La muerte de Ariel Betancourt en el Hospital Psiquiátrico de Ciudad Zamora es uno de los enigmas sin resolver más desconcertantes de nuestra historia, así como las desapariciones de esas fechas que fueron irremediabilmente aisladas del asunto. Como médico del Hospital Rómulo Marciano me es imposible no sentir aflicción por uno de nuestros pacientes, cuyo estado de alienación parecía mejorar con el tratamiento... La tragedia de la situación y las circunstancias que lo empujaron a tal conclusión son un recordatorio de los misterios insondables del alma humana. Quiero dejar constancia de que Ariel Betancourt, antes de inmiscuirse en los misterios de la sierra, era un puritano pragmático... y que el horror póstumo que plasma en sus manuscritos exacerbaba revelaciones desconcertantes sobre una capitulación innombrable ocurrida la víspera del Viernes Santo tras una sucesión de inexplicables acontecimientos, que lo condujeron al estado más absurdo de alienación con un inusual envejecimiento prematuro, que... tras una enconada sucesión de recaídas, tomó la decisión de terminar su sufrimiento.

El hombre en cuestión había ejercido una profesión filial que auxiliaba al municipio en cuestiones contables, asentado en uno de los barrios marginales aunado a la carretera

que recortaba las sierras de espesa foresta. Se lo veía ir y venir por la carretera hasta su rancho pacífico rodeado de espesos matorrales en una comarca campesina. Ariel era un hombre solitario envuelto en la monotonía del trabajo rutinario, tomaba el transporte público todas las mañanas y regresaba al mediodía para cavilar entre los manojos de hiedra de su huerta peculiar de helechos y rumiar en el sopor de su casona. La máscara de desasosiego esculpida en su fisionomía lo convertía en un ser aislado y taciturno, incapaz de intimar con sus semejantes. Provenía de la ciudad costera de Puerto Bello con la premisa de alcanzar el puesto de funcionario público que le permitiera estirar el dinero mensual, sin desaprovechar los momentos de ocio a los que se arrojaba sin contemplaciones ajenas. El treintañero huraño poseía un pasatiempo que rayaba en lo obscuro: obsesionado con las criaturas híbridas, poseía gran cantidad de injertos cuya variedad en especies era quimérica. Los libros confiscados de sus estanterías exhibían tomos alquímicos aderezados por extraños manuales de arcanos oscuros referentes a artes sacrílegas. Su fascinación por lo ignoto era un contagio al que los jóvenes universitarios se veían arrastrados, tras la disgregación de seminarios esotéricos y la difamación de manuscritos cabalísticos. Aquella euforia mística se contagiaba entre los jóvenes tan sutil y premonitória como las enfermedades venéreas en fiestas nocturnas.

Antes de desaparecer entera, la colección zoológica de Ariel Betancourt era un hervidero de endriagos momificados y contravenciones naturales en frascos de alcohol. Él mismo llegó a explicarme en sus episodios de lucidez que el concepto de naturaleza era un bodrio ideado por estudiosos pusilánimes encargados de armar esquemas inexactos... sin tomar en cuenta las miles de ramas evolutivas perdidas y los híbridos que se reproducían en las estepas inexploradas de las selvas indómitas. Quería demostrar que las ciencias biológicas

eran quimeras opresoras que reducían las creaciones divinas a organismos sin sentido...

El estado desordenado de su conciencia, producido por el aislamiento autoimpuesto, desembocó en la confección de opúsculos científicos relativos a las artes negras de la nigromancia y la taumaturgia empírica. El antes solitario investigador del mundo críptico comenzó a frecuentar círculos herméticos fundados por grupos fanáticos: durante mediodía era un miembro funcional de la sociedad que realizaba declaraciones de impuestos y redactaba ordenanzas de presupuestos, y... pasado el meridiano, se dedicaba a la Peregrinación Negra con la auscultación de libros sombríos escritos por autores difamados, como el desquiciado Eliphas Lévi del Culto del Dios de la Carne, o las enseñanzas desgajadas de médicos chinos que profundizaron en la nigromancia. Ariel era capaz de relatar con fascinación los controvertidos axiomas cabales para la profanación de cuerpos y determinar las facetas lunares para la exhumación y la trepanación de espíritus...

Los principios de su alineación se mostraron con la pérdida de claridad en su temple silencioso, la profundidad en sus ojeras y el rigor con que fruncía los labios mustios durante sus largas jornadas de concentración frente al computador. Sus compañeros de oficina lo habían sorprendido durmiendo sobre el escritorio... o rememorando en murmullos distintos pasajes místicos y recetarios ignominiosos. Contaba los crepúsculos y las lunas del mes, esperando ansioso el comienzo de ciclos estelares propicios y la aparición de cuerpos celestes que él concebía como Planetas Elementales...

En algunas vísperas se había ausentado del trabajo y llegado con retraso. El impecable funcionario se sentía distraído y remoto, mirando fijamente algún punto en el firmamento más allá del techo del despacho. Durante la Fiesta de la Candelaria se vio ansioso, y los vecinos que lindaban su rancho

habían escuchado ruidos extraños parecidos a gritos provenientes de la casona de fachada maciza. Había mencionado a su jefe que se uniría a una procesión en las montañas para celebrar un rito religioso, y tras las vacaciones de Carnaval notaron que su aspecto estaba descuidado y de su cuerpo emanaba un hedor indescriptible a humo salitre y pelo quemado. El Miércoles de Ceniza se ausentó por primera vez y no regresó más al trabajo. En esas semanas, los vecinos del barrio avistaron a un Ariel Betancourt andrajoso que deambulaba por las sierras como un ánima en pena... regresando a su rancho al amanecer y perdiéndose cuando el sol enfilaba a su sepelio entre las montañas frondosas. Se lo escuchaba rondar a la medianoche como una aparición lunar, pregonando conjuraciones desconocidas y llamando a figuras misteriosas que provocaban consternación entre los pobladores. Los perros ladraban a ciegas en la negrura infinita de aquellas noches inciertas de terror. Se habían encontrado gallineros deshuesados y animales heridos... pero fue la desaparición de una jovencita lo que despertó las alarmas de las autoridades, asegurando que un animal peligroso rondaba el barrio. Aquel martirio incognoscible continuó hasta principios de Semana Santa, donde una aparente calma se hizo sobre la comarca mientras las calles pedregosas eran obituario de silencios piadosos y los ríos eran visitados por los ciudadanos risueños. La víspera del Viernes Santo se avistaron fuegos en las sierras cercanas al rancho de Ariel Betancourt... y la aparición de columnas fantasmales de brujos en lo que parecía conformar una procesión nocturna. No había nubes de tormenta, pero un inexplicable relámpago batió las ventanas del barrio con un fulgor nítido. Hacia las tres de la mañana, la maligna Hora del Diablo, un clamor despertó al vecindario con la proclamación de un horror sin precedentes: el hombre había enloquecido y se precipitaba calle abajo esparciendo una ola de gritos desgarradores.

Ariel Betancourt fue encontrado delirando en una plaza de secuoyas, con la ropa ensangrentada y repitiendo palabras sin sentido en una especie de «idioma horripilante». Su ingreso en el Psiquiátrico fue obligatorio luego de revisar el alterado estado en que se encontraba... Los sedantes consiguieron calmar su alienación y las cuatro semanas que permaneció bajo supervisión fueron caóticas: pesadillas recurrentes que se negó a revelar, neurosis y aislamiento. Evitaba la oscuridad y se mostró airado con el personal, augurando que lo estaban persiguiendo... Su comportamiento violento se resignó tras dos semanas de aislamiento, comenzando a narrar sus alucinaciones y recuerdos reprimidos sobre el horror que sobrevino la madrugada del Viernes Santo. Las lagunas mentales eran plausibles y presentía que no terminaba de contarme una verdad absoluta. La sangre encontrada en su ropa no era suya. Aquella enajenación vino acompañada de recaídas depresivas y episodios de silencio mortuario hasta que, cumpliendo un mes internado en el Psiquiátrico y sufriendo un accidente cardíaco tras un ataque vespertino, se atrevió a deglutir una modesta cantidad de cloro que derritió los tejidos de su esófago y los vasos capilares de los pulmones, provocando una muerte espantosa y dolorosa. Ariel Betancourt dejó tras su suicidio un extraño manuscrito póstumo que, junto con la recopilación de las alucinaciones documentadas y las fábulas desconcertantes que relató... conforman un entramado tenebroso, cuya causa es imposible de desmentir como provocación de una enfermedad mental hereditaria o un trastorno de inestabilidad. Me he encargado de transcribir todo el documento con la mayor fidelidad posible a la memoria del difunto... La composición evoca un sentimiento extraño que nos hace preguntarnos sobre la existencia incierta de convenciones cósmicas y las reminiscencias de un horror plasmado en las profundidades de la conciencia.

Según su testimonio, durante sus años académicos discrepó enormemente con las convenciones naturales influenciado por un grupo de vertiente pseudocientífica que estudiaba los conocimientos agonizantes de la astrología y la alquimia... integrándose a un séquito de fanáticos adoradores de dioses alienígenas que especulaban sobre exégesis metafísicas y la prevalencia de antiguas criaturas mitológicas en un plano distante de nuestra concepción tridimensional. Se distanció un lustro de la secta hasta completar sus estudios universitarios y recibir una vacante en el municipio oriental de Ciudad Zamora... acumulando en los años venideros manuscritos relativos a las ciencias negras, experimentando con la hechicería cabalística y la proyección de arcanos simbólicos en pentagramas de minerales bajo la influencia de metales planetarios. Ariel era un pragmático analista que desgajaba las leyes universales en minuciosos tratados sobre la ambivalencia de la vida, haciendo énfasis en los procesos de metamorfosis química y sustitución psíquica. Los primeros síntomas de su vesánica alienación se presentaron en creencias absurdas, como la sugestión sobre el intercambio de mentes y la posibilidad de integrar diversos animales en un pentagrama formulado adecuadamente... para la creación de un ser quimérico con los dones evolutivos de las especies sacrificadas. Llegó a jurar durante las entrevistas médicas que en su despacho se hallaban los restos momificados de estos híbridos nacidos de la conjuración metafísica, bajo condiciones estelares propicias, con la intersección de una «fuerza exterior». Había confeccionado un extenso opúsculo científico con las fórmulas, medidas y circunstancias adecuadas para la preparación de estos rituales... y compartió indebidamente su conocimiento con una ramificación de un culto extraño que adoraba a una deidad abominable y etérea conocida como «Odrareg». Esta secta, conformada por personas corrientes

que ejercían sus libertades individuales a plena luz solar, se congregaban en aquelarres nocturnos cada cierto tiempo en un escondrijo remoto de la sierra... para adorar con cánticos y sacrificios al Dios innominable, habitante de una región desconocida del firmamento. Los relatos de diablos arracimados en las altiplanicies montañosas no eran del todo falsas... y el estudioso Ariel halló refugio en aquella secta para sus ideas desconcertantes sobre el destino incierto de la humanidad, las metodologías arcanas sobre la evocación de entidades infrahumanas y la metempsicosis como mecanismo de purificación espiritual.

Durante meses realizó empíricamente los ceremoniales y estudió las interpretaciones de las Tablillas Invisibles, confeccionadas por las manos de posesos durante el Primer Ritual de Descenso que convocó a Odrareg a nuestro plano material. La entidad era descrita como un pólipo cartilaginoso de membrana fétida, habitante de un espacio liminal donde no existían restricciones espaciales... en una ablución de la alevosía pecaminosa que intercedía en la voluntad humana como un reflejo de su misma naturaleza. Se presentaba en los sueños de sus «Elegidos», manifestándose bajo mil formas temibles... e insuflando pensamientos y dones místicos como armas de doble filo. Sus adoradores lo consideraban una fuerza caótica en el tejido de la realidad... con la que se servían para alterar conceptos preestablecidos y alcanzar premisas que otros dioses ciegos e impotentes eran incapaces de proveer a sus adeptos.

Ariel Betancourt se había fundido en la Secta de Odrareg como el engranaje necesario que hacía funcionar una máquina colosal... enseñando los Grandes Misterios y aprendiendo de las Fuerzas Exteriores que dominaban esferas lejanas a la comprensión puritana. Pero el horror se avecinaba en su territorio como una pústula que extendía su

gangrena infecciosa de forma irremediable... Sus experimentos alquímicos de metamorfosis híbrida progresaban con la supervivencia de criaturas inenarrables, pues, en un principio, las estructuras orgánicas fusionadas sufrían un rápido efecto deletéreo que arrastraba a los organismos a una muerte prematura; los estudios biológicos para la transmutación de criaturas híbridas fueron reformulados y los compuestos añadidos fueron medidos en incontables hipótesis hasta dar con las proporciones correctas de azufre, carbón, calcio y hierro imprescindibles para la unión de seres.

El azufre chisporroteó con una exhalación de ascuas, estallando en una conflagración ígnea con un torbellino amarillo y naranja... El endriago se retorció con un grito cuasi humano que describió como un llamado de ultratumba, consumiendo el vello hirsuto, la carne y el hueso en un estrépito voraz que esparció el hedor insoportable del pelo chamuscado. Ardió hasta que solo quedaron cenizas humeantes en un montículo de carne pestilente y huesos ennegrecidos. Ariel confesó que tras aquel suicidio social fue expulsado de la secta. Ignorantes de sus advertencias, los adeptos añoraban un propósito horroroso, cuyo único sendero era plausible gracias a los procedimientos escritos por Ariel Betancourt. Aquel fue el detonante de su locura, pues al día siguiente se presentó al trabajo con un aspecto andrajoso y un hedor indescriptible que sus compañeros asociaron con el pelo quemado. Dejó de asistir a su puesto el Miércoles de Ceniza para quedarse en casa, pues creía que los sectarios planeaban robar sus opúsculos y dedicarse a engendrar estos demonios quiméricos.

Durante la víspera de la Candelaria, los ocultistas se prepararon para llevar a cabo el experimento más ingenioso de la mano de Ariel: trazando un eneagrama durante el plenilunio ante la presencia de fórmulas panteístas como evocación de rituales ancestrales. En el centro de la estrella de nueve

puntas se juntaron tres corderos atados con hebras de cabello humano, servidas como ofrendas se hallaban cuencos rellenos de sangre, sal, azufre y carbón molido. Esperaron a que el fulgor lunar bañara la foresta de altos cipreses y comenzaron el rito. Ariel transcribió la fórmula en su manuscrito póstumo junto con el símbolo de un triángulo relleno con tres llamas...

«*Odrareg nevasor toson, elpmuc sartse unsedad niugzem*».

La brisa se detuvo en lo alto de aquella loma septentrional, y una niebla rojiza descendió —aunque el mismo Ariel fue incapaz de verla— mientras la temperatura bajaba... Los chillidos de los animales se volvieron insoportables mientras el contenido de los cuencos se consumía en jirones vaporosos y el círculo dibujado desprendía incandescencia mortecina con el ulular de un viento feérico. Ariel pujó un esfuerzo hercúleo para no cerrar los ojos ante la impresión de los animales convirtiéndose en masas cárnicas, en un amasijo indescriptible de huesos, vísceras y pulpa sanguínea... hasta adquirir la silueta escultural de un antropomorfo tricéfalo y recluso, cubierto por una pelambre espesa y fétida, cuya locomoción bípeda se veía obstaculizada por sendas pezuñas deformes y varias patas que sobresalían del lomo, retorciéndose con vida propia como gusanos. Las cabezas escudriñaban el mundo con un suspiro de inteligencia macabro...

Aquella figura mefistofélica se irguió como un endriago del Averno, y su impresión horripilante consiguió trastornar en Ariel todas sus ideas preconcebidas de seres perfectos y cuerpos inmortales. La Secta de Odrareg se sintió inmensamente fascinada por el cuerpo voluminoso de caracteres humanoides... mientras que el creador repudió su *Opus Magnum* como una encarnación lujuriosa de las contravenciones naturales. Ariel repudió los ideales de la secta, y rabioso como un demonio iracundo, recogió un puñado de azufre y lo arrojó a la quimera horripilante en un arrebató colérico...

—¡Marte! —Bañó a la criatura velluda de patas protuberantes con el polvo amarillento—. ¡Conmina al Gran Devorador!

La situación psicótica del paciente se vio afectada enormemente en esos meses de claustro. Sus alucinaciones con persecuciones, cada vez que intentaba salir, y los traumáticos insomnios inducidos por la deformación de extraños ruidos foráneos en su rancho... pudieron haber sido tratados con medicamentos, si no hubiera permanecido en el absoluto aislamiento. Ariel era un paciente con conceptos religiosos arraigados profundamente en su psique, los hechizos que los campesinos malinterpretaron debieron servir como placebo para su enajenación... permitiendo su deambular por las sierras a altas horas de la noche y recorriendo las callejuelas durante el alba. Una mente trastornada cree firmemente en su propia concepción de lo que es real... sin importar lo absurdo que nos parezca como agentes externos. Ariel creía que sus antiguos compañeros de secta lo espiaban, y que mandaban «fuerzas espirituales» para amedrentar su convicción. Puede que en esa enajenación psicótica haya quemado todos sus manuscritos y destrozado su colección de especímenes híbridos. Las laceraciones y los mordiscos en su cuerpo debieron ser provocados por encuentros desafortunados con animales salvajes durante sus excursiones nocturnas...

La joven que desapareció en aquellos días en el barrio y las otras desapariciones externas al caso, que solo conminan en las fechas, puede que no involucren directamente el propio caso de Ariel, pero... se han comprometido con las revelaciones que el hombre dejó en su legajo de textos. ¿Quién sabe qué secretos fue incapaz de revelarnos, siquiera en los estados más febriles provocados por los sedantes? La alienación del hombre progresó a medida que iba acercándose su holocausto... Los casos de gallineros destrozados y perros heridos

resultan inexplicables, si no tomamos en cuenta lo que Ariel encontró en lo profundo de la sierra durante la noche del aque-larre. Es cierto que esa región es patíbulo de leyendas referentes a extrañas procesiones de brujos con túnicas negras... pero siempre ha sido fantasía mezclada con rumores campesinos.

Ariel temía que la víspera del Viernes Santo fuera festi-vidad de un ritual en las lomas negras de la sierra silenciosa... así que exploró con antelación en busca de indicios guiado por los «espíritus chocarreros» que pululaban las estepas silvestres en forma de duendecillos feúchos. Para ese entonces, la su-perstición esotérica había consumido al contador pragmático que registraba ordenanzas municipales y aconsejaba con re-cortes presupuestarios al consejo dirigido por el alcalde. Ariel Betancourt se había perdido en regiones siderales habitadas por fantasías gnósticas y criaturas encantadas; ataviado en una túnica de pordiosero y un collar de falanges que se extravió en las montañas arcillosas... La barba desgredada, el rostro am-puloso y las entradas de una calvicie insufrible habían sumado décadas a su rostro huraño y taciturno. Los vecinos decían que la locura lo impulsaba a conversar con las serpientes, y más de un borracho lo había confundido con un perro salvaje cuando imitaba grotescamente su trote cuadrúpedo al perderse en el follaje... Una semana antes de la tragedia, unos ganaderos espantados avistaron un animal extraño que escaló a lo alto de un cocotero como una cucaracha de horrible proporción, y se columpió de las palmeras como un murciélago escalo-friante. El mismo Ariel no aclaró estos comportamientos excéntricos ni en sus memorias póstumas...

Las últimas páginas de su manuscrito póstumo fueron escritas en desorden vesánico, como si su autor fuera infi-nitamente aterrorizado por aquellos recuerdos espectrales. Las palabras extrañas conforman un texto ininteligible y al-gunas oraciones pierden todo sentido... Aun así, no pude

evitar sudar de sopor mientras leía aquel pasaje que, para mí, es el más horripilante de toda su historia.

La noche del Jueves Santo, Ariel Betancourt había ingerido una cantidad notable de analgésicos para aliviar el escozor de las contusiones producidas por sus persecuciones nocturnas. Presentía que el Culto de Odrareg planeaba un rito aquella víspera durante la Hora del Diablo: aquel momento en que se disolvía la frontera entre los mundos y los seres allende al espacio posaban sus tentáculos viscosos en las puertas ignominiosas del «Pléroma» —investigué aquella palabra sin hallar respuestas coherentes—, solamente retenidos por las Leyes Universales de Adonai.

Una luna glaciar alumbró los senderos traicioneros plagados de matorrales y depresiones erosionadas. Como temió, escuchó el barullo de los cánticos y el salitre del rito con un candor indescriptible que fue *in crescendo* a medida que urdía en los zarzales espinosos y los cipreses frondosos, que conformaban un ejército rugoso sobre la alfombra de hojas marchitas. Los fuegos fatuos de una hoguera alimentada por maderos ceremoniales iluminaban las superficies con inquietantes formas retorcidas... y la salmodia etérea de aquella letanía lo envolvía como una usurpación de gusanos cadavéricos. Ariel evocó la presencia de arcángeles para guarecerse de los terrores que revoloteaban en la penumbra... asomando su rostro entre la espesa foresta para descubrir un claro iluminado por el espectáculo ámbar de unas llamas soeces. La Secta de Odrareg se había congregado para celebrar el rito durante el plenilunio... con el eneagrama pulido en el suelo con tiza blancuzca, y los glifos rúnicos que escudaban el círculo mágico en sartas maléficas, que rememoraban epifanías pretéritas y arcanos inmemoriales cantados por batracios antediluvianos. El festival dionisiaco había comenzado con la conjuración metafísica y el ralear de las velas rutilantes como estrellas

suspendidas... Ariel constató que la joven desaparecida yacía desnuda en una especie de trance, ofrecida en el ritual junto a una larga serpiente moteada enroscada en su pierna y una cabra blanca de cuernos torcidos degollada en su regazo. Los experimentos con seres humanos eran territorio inmoral, aunado al sacrilegio y la blasfemia de los llamados Magos Negros. Se ofrecían copiosas cantidades de azufre, carbón, calcita y otros minerales ajenos a la fórmula predilecta. Uno de los sectarios más oscuros se adelantó al eneagrama acompasado por el vibrato enervante de las gargantas... y por primera vez, Ariel fue capaz de ver la niebla roja que descendía de la enramada mezclándose con el fuero feérico de la naturaleza. Sintió un vendaval escalofriante transportando un cúmulo de pensamientos y...

«Odrareg nevasor toson, elpmuc sartse unsedad niuqzem».
Escribió con letra apresurada...

Aquellas palabras crípticas ejercieron un poder sobrenatural en el círculo mágico, evaporando el contenido de los recipientes en jirones tentaculares y envolviendo con parsimonia la metamorfosis en un sudario escarlata. Durante unos minutos terribles contempló el horror... hasta que del vapor nacarado y sanguíneo emergió una Gorgona indescrible. Una quimera inenarrable cuajada por límites innominables: era prominente y maciza, de joroba velluda y torso antropomorfo adherido a una estructura ofidia alargada y manchada. La cabeza era un amasijo horripilante con cuernos retorcidos, rostro hundido y chotuno de ojos enfermizos... y desprovista de labios con los colmillos rezumantes. Sus brazos nervudos eran peludos, rematados en zarpas. Olía a estiércol y putrefacción... rectando sobre su vientre con un repulsivo movimiento. Ariel había perdido la cordura, y su imaginación vaticinaba que estos ocultistas añoraban alcanzar un cuerpo perfecto para migrar su conciencia ante la espera del

resurgimiento de los dioses, que ocurriría millones de años tras la extinción humana y su reemplazo por arácnidos cartilaginosos. El lunático creía en la migración de la conciencia como un medio para alcanzar la inmortalidad... así como los sabios babilónicos que se convirtieron en vampiros para continuar estudiando las ciencias más allá de la vida mortal.

Aquella escena debió representar la apoteosis de la locura de Ariel Betancourt. Perdido en las sierras y gritando como un desquiciado, enfrentado a un horror híbrido que se retorció en cumbres siniestras... El texto subsiguiente es ininteligible, salpicado de conjuraciones a los planetas y los extraños seres metafísicos que pululaban su gnosis psíquica. El reporte meteorológico de aquella noche era pacífico y despejado, habitual para el verano oriental... pero los testimonios de nubes tormentosas y el estallido del relámpago que despertó al vecindario representaron un hecho inexplicable. Los perros aullaron con aflicción mientras soplabla una brisa mefítica y los remolinos negros estremecieron las copas de los árboles y batieron las techumbres de los ranchos. El resplandor cegador que cayó del cielo es otro elemento extraño en este esquema... El delirante hombre había plasmado en el papel fórmulas matemáticas con un enigmático código de puntos, círculos y glifos rúnicos; dibujando estrellas puntigudas y garabatos geométricos. El fogonazo ensordecedor fue la culminación del horror en aquella noche santa... Ariel escribió que fue perseguido por un horror antes de caer a un riachuelo que lo arrastró hasta una laguna. Incontables horas se halló corriendo y gritando en la foresta hasta que fue encontrado delirando en la plaza...

El policía que lo detuvo vio sangre en su túnica deshilachada, impregnada por una pestilencia de carne chamuscada y azufre. La revisión médica descubrió que la mayoría de la sangre en sus ropas no era suya... encontrando rasguños profundos

en sus costillas y secciones del cuero cabelludo quemadas; así como una aparente condición de envejecimiento prematuro producido por un extenuante estrés, decolorando su pelo castaño en una mata blanca y quebradiza. Su rostro era enfermizo y catatónico, gritando asustado sobre una «cosa» que había aparecido el Viernes Santo y desaparecido en las profundidades de la sierra. El documento sobre el interrogatorio relativo a la joven desaparecida provocó reacciones incontrolables de sopor en Ariel, que determinaron su diagnóstico de alienado...

Tras ser procesado en el Psiquiátrico intentó advertir a los doctores hasta darse por vencido, como relata en las anotaciones finales de su manuscrito. Los sedantes no podían escindir completamente su terror y desesperación... La neurosis se agravó enormemente y desconfiaba de cada persona en el asilo. Las recurrentes pesadillas y alucinaciones con los «horrores invisibles» enviados por la Secta de Odrareg eran secuelas irreparables del trauma.

Aquella psicosis era contagiosa entre las enfermeras supersticiosas, como suele ocurrir en los sanatorios que ocupan trastornados videntes o médiums enloquecidos. Había que tener pensamiento crítico para no sucumbir ante las certezas de los locos que convencían a las enfermeras de tener poderes psíquicos. Ariel Betancourt solía sentarse a meditar en una esquina de su habitación, perdiéndose por horas en un espacio imaginario que se negaba a detallar con los doctores... En los turnos de vigilancia nocturna comenzaron a ocurrir sucesos desconocidos que los guardianes achacaron al insomnio y la sugestión. Es cierto que los ataques ansiosos parecían agravarse durante noches abundantes de manifestaciones extrañas... Las cámaras de seguridad grabaron puertas abrirse sin corrientes de aire posibles y luces difuminadas volando en la periferia. Una enfermera llegó a encontrarse con un ser diminuto y espeluznante en los baños, pero al revisar las cámaras

no hallaron nada. Atender a Ariel Betancourt se convirtió en tabú por sus susurros aterradores y sus conversaciones referentes a temas místicos que desembocaban en proclamaciones de idiomas desconocidos... pidiendo que lo soltaran, exclamando que nunca volvería a la civilización tras terminar su deber. Su propia salud se vio comprometida con el ataque vespertino que complicó el bombeo de su corazón...

La sugestión jugó en su contra, martirizado por un maleficio de magia negra que la secta conjuró para matarlo. Advirtió en la última línea que los extraños seres vendrían para torturar su espíritu, si no era liberado por los Elementos... y que debían sumergir su cuerpo en ácido para evitar que volviera a levantarse. No sabemos cómo consiguió el recipiente de cloro, o si sus últimos momentos fueron tan horripilantes como determinaron los forenses encargados de su autopsia. El extraño manuscrito de Ariel Betancourt es un enigma incognoscible de la naturaleza humana y las creencias incomprensibles... Puede que toda esa fábula de dioses monstruosos y cultos dedicados a las ramas negras de la ciencia sean producto de su locura. Espero que algún día podamos explicar las desapariciones personales en la sierra y los casos de ganado descuartizado por animales extraños. Los campesinos saben cosas que los agentes ignoran y, a veces, los camioneros en las carreteras atropellan seres anormales que violan las leyes naturales. Espero que lo que haya aparecido en la sierra durante la víspera del Viernes Santo muriera con la imaginación enloquecida de Ariel Betancourt... y que los médicos de este sanatorio no hayamos cometido un grave error al ignorar las advertencias de uno más de estos desdichados reclusos.

Los demonios en las paredes

Un martes de octubre de 2009, Eliana Guzmán desapareció sin dejar rastro en el vecindario comunal donde su familia se había residenciado al llegar a una temprana y floreciente Ciudad Zamora. El misterio detrás de su arrebato y el de los otros habitantes de aquel conjunto de casas modernas provocaron un éxodo que dejó el vecindario inhabitado en los márgenes de la ciudad... siendo frecuentado por satanistas que convertían las casas abandonadas en tugurios de adoración al Mal. Las luces extrañas y las apariciones siguen sorprendiendo a las autoridades locales, aunado a la muerte del anciano Solomeo que dejó un secreto cabal tras su horripilante defunción...

Tímida por naturaleza, la pequeña quinceañera no tenía amigos ajenos a los hijos de los vecinos de aquel condominio de edificios subyacentes, que rodeaban un círculo de pavimento del que discurrían callejuelas menores. Era una franja pacífica de casas construidas en los tiempos de abundancia que convirtieron la nación en una eminencia petrolera. Los otros niños que sobrevivieron al terror en el vecindario contarían, muchos años después, cómo la tranquila convivencia fue interrumpida tras el hallazgo del anciano Ezequiel Solomeo en un avanzado estado de descomposición, cuya reputación de brujo huraño acrecentó el advenimiento de un horror ajeno a nuestra comprensión.

Los padres de Eliana habían celebrado nupcias con el avanzado estado de embarazo que traería a la jovencita al mundo... construyendo su casa en un terreno comunal cedido por el gobierno local. La colina donde se irguió el vecindario avistaba las carreteras que atravesaban Ciudad Zamora y el lejano río, que discurría como una franja oscura en el horizonte tachado de suciedad grisácea. Los vecinos eran gentes agradables ajenos a las querellas, salvo por el viejo Ezequiel Solomeo, cuya deteriorada casa era un reducto descascariñado e incoloro. El anciano había batallado un lustro en la frontera colombiana como veterano de la guerrilla, y aquella casa cuadrículada de ladrillos y ventanas cubiertas era su refugio senil... Corrían rumores de que el fuego de la metralla lo trastornó, al punto de repudiar los fuegos artificiales y ruidos sonoros, y que conocía las artimañas relacionadas con la hechicería negra que se practica en las selvas fronterizas. Solo se lo veía salir de casa tras recibir su pensión, en cuyo momento los niños insuflados por los prodigios de la curiosidad espían sus ventanas y miraban a través de los agujeros en sus paredes, avistando extrañas repisas colmadas de velas... así como formas retorcidas que conmovían sus infantiles mentes con terrores quiméricos.

El problema recurrente con los fuegos artificiales o el escándalo de los niños era motivo de queja para el anciano... viéndose murmurar como un gavlán al acecho cada vez que llegaba Navidad. Su flemático semblante era perentorio de trifulcas vecinales... al punto de llegar a rabietas problemáticas. Advertía del horror que provocaba el exceso de ruido... temeroso de las sombras proyectadas por el crepúsculo al atardecer.

Se lo tomaba por brujo debido a su parafernalia religiosa de ostentosos rosarios y amuletos diversos: manos de Hamsa dibujadas en sus ventanas, cruces de palma en sus puertas y toda una colección de símbolos herméticos pintados en las

esquinas de su choza. Era un hombre supersticioso de rostro derretido y escaso cabello grisáceo... cuyos vecinos veían hablar con los muertos y persignarse cada vez que encaraba el amanecer. Muchas veces presenciaron su enterramiento de fetiches al anochecer, en la inmediatez de su hogar... susurrando oraciones ininteligibles con un nerviosismo pueril. No recibía visitas, ni hablaba con nadie salvo para regañarlo por el escándalo. Una vez al año, la última semana de octubre... desaparecía hasta terminada la festividad del Día de Todos los Santos. Los chismosos decían que Ezequiel subía la Montaña del Sorte durante las peregrinaciones negras al Espíritu de María Lionza, sin conocer la verdad detrás de su fuero supersticioso.

Sabemos que en sus años mozos se alistó al Ejército Bolivariano y sirvió como guardia fronterizo en el Amazonas, custodiando alcabalas por donde cruzaban grandes camiones... resguardando la frontera de invasiones guerrilleras. Su pasado es difuso y oscuro, hay constancia de sus permisos al interior de los pueblos interregnos para unirse a las ceremonias ocultistas y anécdotas de camaradas jubilados sobre los extraños rituales de cruzados y rezados al que se sometían los militares para protegerse de las balas y las maldiciones selváticas. En esos cuarteles, al ser promovidos a soldados distinguidos, era costumbre de un brujo chamánico del batallón officiar una ceremonia de rezado en la que eran apadriñados por un espíritu y se les clavaba una insignia bendita en el pecho. En los cuarteles fronterizos de las regiones remotas, las promociones de cabo segundo y primero eran promovidas con un rito místico, en el cual le implantaban bastoncillos de hueso en el brazo y los juramentaban bajo la influencia de los espíritus del país. Cada promoción en la Armada venía coronada por un ritual mágico, según la tradición. La superstición y el panteísmo eran la regla en el Ejército venezolano...

con la veneración de altares consagrados a Orishas en los cuarteles, batallones y divisiones de infantería. Así como las avionetas y embarcaciones militares eran benditas por curas y oficializadas por brujos.

En los archivos de las Fuerzas Armadas Bolivarianas se tiene constancia de un suceso escalofriante, ocurrido en lo profundo de la selva, que involucró al cabo segundo Ezequiel Solomeo, delimitando su futuro en el Ejército con una baja por «colapso mental». Hacía treinta años de aquella expedición al Amazonas que terminó por cobrarse las vidas de soldados distinguidos bajo su cargo y la inmolación del cabo primero. Los indígenas adyacentes al cuartel de la zona temían a una región desconocida de la selva colombiana, en la que helicópteros de reconocimiento avistaron formaciones piramidales enterradas por la espesa foresta. Los habitantes de la reserva tenían prohibido viajar a aquella extensión por un miedo irracional a los dioses transmitido por sus antepasados: existían leyendas de criaturas sin forma y hombres sin cabeza con los estómagos abiertos. Las pirámides en cuestión resultarían un sorprendente hallazgo arqueológico para la nación, comparable al descubrimiento de las ruinas mayas, y el Ejército decidió enviar un pelotón de soldados terrestres a las estepas húmedas, con tal de abrir camino a los arqueólogos de la Universidad Oriental de Ciudad Zamora, que más tarde los acompañarían en el segundo viaje. La expedición fue encabezada por el cabo primero Jesús Martínez... liderando a veinte hombres en los que estaba incluido el cabo Solomeo. El equipamiento era precario, y los diez días pautados... culminaron en un retraso de un mes. Una división partió en busca del pelotón perdido, encontrándose con una tribu de soldados enloquecidos y andrajosos intentando regresar al cuartel... completamente desquiciados. Antes de presentar su informe, el cabo primero, Jesús Martínez, se disparó en la cabeza con

su fusil... y los soldados sobrevivientes se negaron a hablar del horror selvático. Ezequiel confesó que sí encontraron las pirámides, pero que no era un sitio que uno pudiera imaginar... siendo dado de baja poco después de la crisis nerviosa, dejando un espacio en blanco en su vida. Algunos dicen que vivió en la calle como un vagabundo pordiosero hasta que el gobierno le asignó una pensión de jubilación y una pequeña casa por su servicio militar. El horror que el cabo Solomeo vivió en las estepas temidas por los indígenas arraigó en su senil cerebro la superstición y el aislamiento... temeroso de salir al amparo del anochecer. Los nombres de los otros soldados involucrados en la expedición se perdieron de los archivos, tachados como desertores de la patria... La vivencia de esos hombres alienados forma un secreto conjunto y horripilante que se hubieran llevado a la tumba de no ser por lo hallado en la casa del anciano Solomeo. Su encuentro misterioso con la fuerza desconocida era perentorio de lo que desataría un horror inconcebible muchos años después...

La soledad de Ezequiel traía consigo secuelas paranoicas como una maldición incognoscible. Su médico le recomendó la ingesta de antidepresivos y ansiolíticos para reprimir un estrés posterior a un trauma psicológico significativo... Los familiares de Ezequiel lo tomaron por lunático y lo marginaron. Su estado únicamente mejoró tras muchos años de pastillas y fuertes dosis de medicación, que lograron nublar su mente destrozada. Hasta que finalmente consiguió dopar su sistema con placebos religiosos tras inmiscuirse en los cultos de la Montaña del Sorte en Montenegro. Un recordatorio de cómo los efectos sugestivos de la superstición chamánica pueden influenciar en beneficio del alivio anímico. Ezequiel Solomeo era un solitario desgajado de una sociedad que lo repudiaba: un fracaso de hombre refugiado en las creencias espiritistas.

Los años de estricta convivencia vecinal deformaron su vejez en embrutecimiento... desconociendo cabalmente los fenómenos modernos de la televisión, electricidad, el sistema telefónico o los milagros de la medicina. Vivía acuartelado en una cuarentena autoimpuesta de soledad y desasosiego... Sus últimos años fueron de una enajenación que vaticinaba un descenso a los rincones más precipitados de desconexión mental.

En sus últimos días reaparecieron los síntomas de locura: comenzó a susurrar al atardecer y cubrir su casa con toda alegoría pernicioso de fetiches mágicos. El Mal que intentaba repeler —o contener— se manifestaba en esos estadios ceremoniales de cánticos atemorizantes que esparcían el desconcierto y el sopor entre los vecinos. El viejo Solomeo era un hombre taciturno y melancólico, pero durante esas horas macabras parecía discutir y batallar contra una legión en su claustro: los sonidos, gritos y maldiciones brotaban de las ventanas selladas y los marcos de las puertas como zumbidos de plagas bíblicas. Los niños que jugaban en las calles se paralizaban de terror y los adultos, preocupados, cerraban con llave sus puertas... Los animales temían con desespero aquella enajenación psicótica que culminaba con un estallido famélico de palabras ininteligibles y golpes secos como de huesos chocando. El olor sulfúrico que desprendía la casa impregnaba el vecindario con un lamento mefistofélico... Esas noches presentían que el anciano esperaba en vela al Ángel de la Muerte, susurrando en la penumbra aniquilada por un círculo de luz, evocado por un caudal de velas de cera.

«*Eta eta, seifna Odrareg*». Lo imitaban los niños en la acera... temerosos y envalentonados. Aquellas palabras se grabaron profundamente en sus infantiles mentes... hasta llegar a convertirse en rugidos sardónicos y guerrilleros. Aquellas proclamaciones solitarias no parecían agravarse, eran difusas convergencias de alucinación que desencadenaban

ataques ansiosos. Un médico residenciado en el vecindario había dicho que el señor Solomeo padecía esquizofrenia en cierto grado, muy arraigada en los campos de superstición, que en fechas de expectativa general provocaban ese efecto sugestivo. Las fiestas santas y los feriados mundanos surtían un coctel psicótico en su mente, desencadenando una reacción espeluznante...

La última vez que lo vieron vivo presentaba un aura taciturna y conservadora, de mirada pacífica más que ceñuda y una depreciación en su rostro tan visible como un espanto. La muerte se cernía sobre Ezequiel, y un ambiente pesado se respiró esa extraña semana, pues se avecinaba la víspera del Walpurgis, una festividad asociada a las brujas. El estruendo comenzó con una vociferación de barítono que duró hasta el anochecer, los vecinos más cercanos creían escuchar otras voces mezcladas con la garganta afligida del anciano... y uno de ellos avistó una masa blanca e iridiscentes de burbujas que descendió del cielo y se metió bajo la rendija del portal. Una exclamación inenarrable sucedió a la salmodia infrahumana... que sorprendió tanto a los niños más sensibles que comenzaron a llorar. Los perros ladraron desesperados y los gatos se habían escondido bajo las camas... Todo parecía desembocar en una culminación horripilante. Los objetos en el interior de las viviendas circundantes volaron de los estantes y las mesas. Los rezos a la Virgen y los Padrenuestros acompañaron las palabras extrañas desatadas en la casa del lunático... Aquel clamor se prolongó entrada la noche hasta que rompió a llover una tormenta vesánica que escondió en su torrente la manifestación de un horror. Nadie quiso hablar del estruendo que rompió la calma de la tormenta a la medianoche, ni del pequeño sismo que sacudió las ventanas, o de la sombra que brotó debajo de la puerta de la casa del anciano. Aquello era tabú. El grito final de un hombre loco es un sonido aberrante que causa desconcierto.

El cadáver de Ezequiel Solomeo noapestó hasta una semana después, cuando un hedor dulzón inundó el vecindario causando malestar. El policía Enrique Gómez tuvo que forzar la puerta de su rudimentario tugurio, acompañado de la comunidad, que se precipitaba en desbandada a escudriñar los oropeles que el anciano había ocultado por dos décadas. Su austera cabaña era un reducto miserable y oscuro, poco menos que una habitación con una colcha desvencijada y una cocina eléctrica que despedía un humo insípido. Las condiciones de vida en que Ezequiel Solomeo sobrevivió conmovió el corazón de sus vecinos... Su alacena consistía en menudrugos de harina, escasas legumbres y deprimentes enseres. Su agua provenía de la tubería principal en cuentagotas que debía acumular antes de ingerir. La falta de ventilación en su claustro sofocó a los curiosos y estremeció a los vecinos que habían visto a aquel hombre desnutrido y enloquecido emerger a la realidad tras rumiar en la más deplorable miseria. Las velas de sebo eran su principal fuente de luz, y los fetiches de huesos cubrían completamente la superficie de las mesitas podridas. Tenía curiosos libros confeccionados por su propia mano que narran, en caligrafía temblorosa y con abundantes errores ortográficos, las vivencias de su juventud como militante y el advenimiento de un horror inimaginable tras su muerte.

Los fetiches de huesos tallados eran una colección horripilante de diminutas representaciones de animales y dioses indígenas. Se hallaron atrapasueños cubiertos de telarañas y sendos casquetes de balas con un polvillo azulado que asociaron con lapislázuli molido. Las paredes del interior presentaban un avanzado deterioro: cubiertas por horrendos grabados de figuras antropomorfas y dibujos geométricos que recordaban los sigilos de los brujos. Cada sección de las paredes era tapizada por el nombre de un Dios, una oración o un

símbolo capaz de contener poder. «Thor, Yahvé... Amón». Pentagramas y letras de idiomas cosmopolitas. Runas, fórmulas mágicas, serpientes, jeroglíficos y códigos indígenas. Su espíritu había perecido en agonía, con una mueca imborrable de supremo horror que deformó su boca en un rictus amargo y sus manos en garras entumecidas. Lo que más despertó fascinación —y sigue alimentando el mito— fue el pentagrama dibujado en el suelo de la única habitación, donde vivió sus momentos finales tras una violenta caída, triturando los huesos agujereados de su cadera y provocando un paro cardíaco. Los velones se consumieron regando cera en charcos sanguíneos, y los grabados en las paredes concibieron teorías indescriptibles de satanismo y brujería.

Su muerte trajo revelaciones trascendentales del otro mundo, con el descubrimiento de un testamento con las narraciones del horror que sufrió la expedición militar a las mesetas selváticas temidas por los indígenas. El folio llenaba más de doscientas páginas de textos sueltos, descripciones redundantes, leyendas indígenas sobre la Tierra de los Muertos, informes detallados de la cantidad de suministros y avances en cartografía. Debió pasar incontables horas recopilando información de la región amazónica y organizando metódicamente sus memorias dispersas. Se trataba, después de todo, de un hombre chiflado, que solía escribir pasajes para recorrer las cicatrices del horror grabadas en su cabeza.

La expedición encabezada por el cabo primero Jesús Martínez partió del cuartel fronterizo con una veintena de soldados, en la que figuraban distinguidos y el superior cabo segundo Ezequiel Solomeo. Partieron con buen rumbo siguiendo las indicaciones del cacique Miguel y las advertencias de los Yanomamis sobre aquella cadena montañosa, destino de la expedición, que albergaba construcciones hechas por los demonios de la Tierra de los Muertos. Las leyendas eran

como el queroseno de la leña, que alimentaba las noches sin luz eléctrica... Cientos de ellas eran deformadas en el cuartel por los militares que recorrían las delimitaciones terrestres y convivían con los indígenas. El cabo Martínez no se preocupaba por las atrocidades que los hombres sin cabeza cometieron con los indios... o las horribles presencias demoníacas que custodiaban la franja de espesa pelambre boscosa, en la que se encontraban las pirámides que custodiaban una puerta intraterrena. Los arqueólogos universitarios teorizaban la existencia de una civilización avanzada en el Amazonas que fue barrida por las epidemias traídas por los españoles mucho antes del auge de la civilización moderna, y aquella sería la prueba contundente.

Las diferentes interpretaciones de lo sucedido solo podían delatar el miedo vivido por los soldados durante su descenso a las regiones plutónicas, en aquel follaje indómito jamás hollado por seres humanos... Diez días transcurrieron, batallando con la espesura que amenazaba con cerrarse a su espalda y asfixiarlos en una tumba vegetal. Las serpientes, tarántulas y alacranes pululaban en las estepas con la agresividad perentoria de una natura enardecida, rabiando con expulsarlos de sus verdes dominios. En aquellas regiones olvidadas, las leyendas de los perezosos, armadillos y anacondas gigantes no parecían fábulas insufladas. Temían el ulular misterioso de la brisa al azotar la espesa enramada de la que colgaban enredaderas... Los zarzales espinosos los mordían con espuelas carnívoras y los bananos ofrecían plátanos envenenados de semillas vigorosas. La ponzoña, la enfermedad y la soledad los consumían... pero como buenos soldados obedecían convertidos en autómatas infrahumanos.

Desde una altiplanicie abrupta avistaron las formas irregulares del valle hirsuto: picachos de vergel y colinas cortadas limpiamente en pasarelas frondosas. El descubrimiento

de aquellas construcciones ciclópeas acrecentó la incomodidad de los soldados. La estructura cónica de las bóvedas era comparable a la arquitectura del renacimiento, y los bajorrelieves erosionados narraban epopeyas en un lenguaje indescriptible que recorría las cámaras pétreas de su interior. Las ruinas de aquella civilización desconocida permanecían inmutables en la meseta selvática... rumiantes durante miles de años de desolación. Las rampas salientes de las pirámides conducían a guaridas subterráneas y túneles inundados de aguas hediondas... despertando malestar entre los presentes. Aquel extraño conjunto de edificaciones debió construirse con fines ajenos al asentamiento, porque su habitabilidad era nula, empujando al batallón a acampar sobre una pasarela basáltica despejada de impurezas vegetales por los machetes romos. El sol se fundió en el horizonte con un beso moribundo que regaba fulgor aurífero sobre las superficies rocosas de las inmensas edificaciones.

Fue entonces cuando el horror se desencadenó de las tumbas milenarias para ascender por los escalones vetustos del interior de la necrópolis. Una oscuridad perpetua cayó como un telón sobre la expedición y ni el fuego más bravo consiguió despejar las inquietudes de los hombres. Las horas pasaban lentamente en la perturbable agonía de su vigilia... incapaces de descansar. Silencio, incluso los mosquitos habían desaparecido aquella noche sin luna. La Tierra de los Muertos... habían dicho los indígenas sin disimulo, y aquel asfixiante panorama se precipitó sobre sus precarias vidas como una maldición. El cabo Martínez mantenía su fusil en el regazo, tallado como una gárgola sobre la roca... escuchando el chapoteo del agua estancada que provenía, enervante, del interior de los túneles. El joven Solomeo debió imaginar mil horrores indescriptibles brotando de las fosas abisales de aquel cementerio... cerrando los ojos a deshoras y parpadeando con

el corazón desbocado cuando un movimiento repentino o un alboroto subterráneo quebrantaba su desconexión.

Estaba dormido cuando la forma blanquizca se precipitó al círculo luminoso del fuego con un grito inhumano parecido a un quejido... Ezequiel Solomeo, con manos temblorosas, escribió y reescribió el aspecto siniestro de aquella monstruosidad bípeda: sin cabeza, de brazos y piernas largas... y con la barriga abierta mostrando una deforme hendidura de incisivos purulentos, esparciendo el hedor putrefacto del agua infecta... al lanzarse con bestialidad sobre un soldado y engullir su cabeza con su vientre abierto. Nunca olvidaría el crujido del cráneo al romperse y el chasquido húmedo del cerebro al convertirse en pulpa sanguínea, cuando el morro purulento destrozó el hombre. El cabo Martínez liberó una ráfaga de disparos que iluminó la noche con fogonazos ensordecedores... Solomeo avistó incontables formas descabezadas surgir de las grutas subterráneas, y sus relatos se confunden con ignominiosas descripciones de sombras reptantes que emergían de las fosas y las grietas como emanaciones negras del abismo.

Los soldados sobrevivientes al infinito horror de aquella pesadilla dejaron atrás una esencia mucho más significativa que su cordura... Cuando el equipo de rescate consiguió recuperar los elementos sobrevivientes, arrastraron a nuestro mundo un Mal imperecedero que seguiría eternamente a los desgraciados. El cabo Jesús Martínez se liberó prematuramente del martirio, y no tengo razones para negar que el resto del batallón terminó por seguir sus pasos cuando el tormento se volvió insoportable.

Ezequiel Solomeo se sintió perseguido. La locura había separado la razón de la realidad con una estridente paranoia... abandonando su mente a las pesadillas y las elucubraciones más descabelladas. Fue dado de baja del Ejército y repudiado por sus congéneres civiles ante la demencia paranoica que

lo hacía saltar de los sitios oscuros, desconfiar de sus cercanos y guarecerse hasta el amanecer en un estado atemorizado e indescriptible que terminó por causar temor. Ezequiel Solomeo veía y hablaba con criaturas inexistentes que lo perseguían en las tinieblas. Se había convertido en uno de los «Elegidos» de un dios loco, disgustado en su letargo prehistórico con los seres repulsivos que pululaban en la superficie terrestre formando colonias inefables.

Su estado psicótico intentó ser suavizado con medicamentos, pero el bolsillo vacío y el abandono fraterno convirtieron lentamente al alienado en un paria. No supo cuándo se halló en la indigencia, pidiendo en los semáforos para calmar su estómago y gritando durante las noches tormentosas en que era perseguido por engendros pesadillescos limitados por los vectores de su mente.

Fue en esa miseria que encontró el consuelo psicotrópico de la brujería; para él, sus demonios reales requerían de métodos «veraces» para ahuyentar su presencia. El contacto con brujos lo relegó a las artes empíricas de los hechiceros de la Montaña del Sorte, famosos por convertirse en Materia de Espíritus durante los Rituales de Descenso y por sus limpias energéticas en los altares panteístas. Aquel individuo trastornado regresaba lentamente a la sociedad mientras sus conocimientos mágicos iban en aumento... rodeando su cuerpo con amuletos de hueso y estudiando las ciencias negras que encadenaban su alma como narcóticos. Durante años estuvo preparándose para un Acto de Liberación: las fórmulas mágicas y los preparativos para una gran ceremonia fueron plasmadas en sus papeles con anticipación al Walpurgis que terminó con la vida del decrepito anciano. Los manuscritos fueron requisados por la policía y la casa se selló para evitar exploraciones indebidas... mientras que el horror que sobrevino después marcaría eternamente al vecindario.

El viejo Solomeo, con su satírica forma infantil de dedibujar el mundo, era temido por los niños. Desde su muerte, las antiguas burlas transmutaron en un digno respeto, quizás influenciado por la miseria del difunto... Los acontecimientos que transcurrieron los meses posteriores al infortunio son un recordatorio de los misterios del mundo. Al atardecer, sobre las sombras magenta del claroscuro matizado por los colores del crepúsculo, se proyectaban extrañas impresiones que hicieron de aquella hora un tabú para los juegos y las reuniones. El vecindario se había permeado de todo evento sobrenatural, hasta el punto de que sus habitantes estaban familiarizados con los sucesos inexplicables: los platos saltaban de sus lugares, los animales enloquecían al anochecer y los avistamientos de visitantes nocturnos se hicieron frecuentes. Aquella incomodidad se había enterrado profundamente en las mentes de los vecinos... como una presencia maligna que impera en un sendero invisible a nuestras convenciones.

Eliana Guzmán era propensa a las parálisis vespertinas, hallándose completamente inmóvil sobre la cama tras despertar de una pesadilla febril. Los minutos de rigidez eran realmente espeluznantes, pues el cerebro evocaba imágenes y sonidos perturbadores que se confundían con cacofonías aterradoras. Aquella mañana, la joven señorita se había despertado repentinamente en un cuerpo que no le pertenecía, incapaz de soportar su propio peso. Un ruido llamó su atención, y los ojos despiertos buscaron la fuente de aquel arañazo seco... encontrando una muesca perpendicular que rasgaba el concreto de la pared contigua a su cama. Intentó gritar y arrebatar sus miembros flácidos, prisionera de su cascarón de carne. El sonido era repetitivo y desesperado, comparable al arañar de la puerta de un perro que intenta desesperadamente entrar al hogar para guarecerse de las explosiones artificiales. Miró aquel punto negro que sobresalía como una

tumoración, rasgando y escarbando el concreto... Un rostro indescriptible asomó de aquella membrana plasmática y una mueca purulenta terminó por provocar un depravado alarido que despertó a sus padres.

Eliana fue encontrada sollozando en su cuarto, demasiado asustada para explicar lo que sus ojos habían visto en la confusión mental de la parálisis. Su madre descubrió la grieta larga y desigual que surgía de la pared como un perentorio del horror al que estaban condenados y que intentó con desesperación brotar del muro. Cuando la marea de terror parecía calmarse, una proclamación de pánico despertó al vecindario: un hombre solitario que vivía en un anexo a la casa de los Guzmán emergió sobresaltado y gritando de su recinto. El hombre se despertó a medianoche para contemplar una sombra negra brotando como líquido bituminoso debajo de su cama... La forma de oscuridad absoluta se arrastró por el suelo y se levantó como una masa etérea. El estado en que quedó el hombre se contagió entre los adultos como una emanación del Mal. No tardaron en revisar el tugurio de Ezequiel Solomeo, y desenterrar los extraños secretos que plantó en su jardín estéril. Tras unas horas de excavación, encontraron sembrada una zarpa de hueso envuelta en tela naranja, saquitos repletos con semillas secas de distintas plantas, figuras de barro desgastadas similares a las imágenes yoruba del panteón bendito y una estatuilla de María Lionza sobre un chigüiro. Concluyeron que Ezequiel Solomeo fue un satanista y que todas sus manifestaciones serían absueltas con la intervención de un sacerdote.

La primera impresión del Padre Antonio fue la de una Infestación Demoníaca, proclamando un *Dimicatio* clerical donde participó la mayoría creyente del vecindario. Durante la ceremonia se tomaron de las manos, oraron, encendieron velas y expulsaron el Mal con rezos católicos. El portal referido por

el sacerdote se cerró con la culminación del discurso, y el vecindario fue bendecido con una aparente calma. Las familias volvieron a retomar sus vidas con prudencia durante semanas enteras de inactividad... hasta que la desaparición de un perro provocó el desconcierto y la incertidumbre. El animal parecía haberse esfumado tras una noche de inquietud que mantuvo al resto de canes sollozando. La conjuración del anciano Solomeo no podía cerrarse por canales ortodoxos de religión universal. Los adultos de aquella época creían en las teorías más disparatadas acerca de un horror innominable invocado por aquel brujo... sin tener la más remota certeza de que el pusilánime y decrepito anciano había intentado proteger a los niños del Mal que lo arrastró a una muerte lamentable.

La madre de Eliana estaba encinta, esperando a un retoño que crecía en su vientre con la misericordia de los ángeles. Quizás el avistamiento del horror concebido en el espejo de la cocina logró colmar todas sus dudas... Había decidido mudarse del vecindario, quizás fue la depresión del embarazo tras diez años de intentos frustrados, mas estaba dispuesta a huir del Mal que aterrorizaba el vecindario. Pero aquella madre no estaba preparada para la desaparición de su única hija, tras una violenta noche de tormenta en la que sus gritos fueron escondidos por el fragor de la lluvia y los relámpagos. Los últimos días en que Eliana Guzmán fue vista se la vio preocupada, ansiosa y perdida. Amaneció, y no fue encontrada en casa... Las ventanas tenían protectores metálicos y la puerta era inaccesible para ella sin la llave que su madre guardaba al anochecer en su habitación cerrada con seguro. Lo único plausible era la grieta que se extendía en la pared contigua a su cama y que, tras la mudanza y el abandono, no tardó en desmoronar la pared. La mancha negra de aquel horror trastornó en gran manera a la embarazada, que estuvo a punto de perder al bebé, y que no volvió a sonreír por el resto de sus días...

La desaparición de Eliana Guzmán provocó el éxodo masivo de los moradores de aquel vecindario alguna vez habitado. Las casas se fueron deteriorando con el abandono, y transcurridos los años, se han convertido en madrigueras de alimañas humanas que celebran orgías de sangre y conmemoran la reminiscencia de un horror inconmensurable que ni siquiera la hechicería del loco Ezequiel Solomeo y los esfuerzos del clero pudieron contener, y que arrastró a una niña hasta el infierno infinito escondido entre las paredes de la Tierra de los Muertos.



El horror de Ciudad Zamora

I

Existe un horror indescriptible que flota a nuestro alrededor como un miasma supurante, proveniente de cavidades execrables y mausoleos nefastos donde la maldad encarnada y la vileza humana confluyen en los suburbios modernos y barrios marginales como pústulas cancerígenas, inyectadas de mezcolanza ignota engendrada en el antiguo y abominable continente africano. Un mal diabólico ha sobrevivido desde épocas paleolíticas, latente durante la colonización como un endriago, hasta que las raíces de esas colonias provenientes del supuesto «Viejo Mundo» chuparon las abominaciones enterradas en nuestro territorio maldito.

Durante mis pasantías en la decrepita Ciudad Zamora fui testigo de horrores soterráneos allende a las esferas de comprensión humana, que atraparon mi mente en una espiral de locura demoníaca. Desde los discursos impactantes de los lunáticos que rebosan el manicomio local, con sus anécdotas estrafularias plagadas de horrores enloquecedores, hasta los rituales sangrientos que me llevaron, de primera instancia, a experimentar los misterios de un universo agonizante y los inframundos esquivos en nuestras vidas cotidianas. Este capítulo de terror inmemorial

me arrastró por la ribera turbia del río oleaginoso, y no volveré a contemplar una afluencia profunda sin estremecerme hasta el tuétano. La locura se ha apoderado de mí, tanto... que el simple olor a pescado es capaz de blanquear mi tez y descontrolar mi sistema circulatorio. A veces sueño con siluetas fantasmagóricas persiguiéndome en el fondo de un lecho viscoso y arrastrándome a un mar Estigio y grasiento, donde escucho el griterío de miles de almas atormentadas.

Escribo esto para expresar en palabras —aunque sea inverosímil e inenarrable— los hechos que me obligan a abandonar mis pasantías universitarias en el Psiquiátrico Bolivariano y escapar como un neurótico de la iracunda Ciudad Zamora y sus aquelarres impíos, adoradores de dioses locos y diablos danzantes bajo lunas gibosas, que alumbran la calumniosa Piedra erosionada que flota en medio del río Orinoco.

Habiendo culminado mis estudios de Psiquiatría Clínica en la prestigiosa Real Universidad de Nueva Bolívar, tras seis años fuera de mi provincia natal en Montenegro, uno de mis profesores más allegados, el catedrático Emmanuel Cuero, arqueólogo y erudito en ocultismo, me recomendó al Psiquiátrico Bolivariano de Ciudad Zamora para ejercer mi servicio comunitario. Viajé en autobús y me establecí en un modesto arriendo cercano al Malecón con vista al turbulento y arenoso cauce, indetenible e incorruptible, que atravesaba la angostura del río coronado por el titánico puente moderno. El Malecón era una pasarela de tiendas, bancos y locales comerciales, en una vorágine de calles y casas coloniales de fachada pintoresca que sobrevivían hasta nuestros días en estrechas avenidas históricas. Me entretuve recorriendo las callejuelas de adoquines y los jardines ornamentados con bustos de próceres aguerridos, y los monumentos emblemáticos que se alzaban como una muestra del diplomático y sangriento pasado labrado por el acuartelamiento del Libertador

y su comitiva. Mis paseos para escrutar el atardecer del río se convirtieron en rutina: un mórbido placer me estremecía al contemplar el sol anaranjado fundirse en el horizonte líquido, como una moneda de cobre hirviendo sobre el fragor de carboncillos al rojo. La presencia de la Piedra poseía un inusitado poder hipnótico, silenciosa e imperturbable, un estupor de horror sordo la envolvía con cierta fragancia de misterio. De aquella formación rocosa fluían terrores como bilis, en un inexplicable y remoto presentimiento que insuflaba un escalofrío glacial a mis órganos. Creía sentir un llamado alegórico a regiones metafísicas del espacio, como si un anzuelo se hubiese enganchado a mi mente al instante de fijar mis ojos en la geología irregular de aquella protuberancia de silicio. Me atraía, una inquietud me proyectaba hasta las profundidades insondables de aquella marea de horrores procedentes de abismos sulfurosos. Los pescadores me miraban con cierto recelo, y los vendedores de chucherías arrojaron temibles ojeadas a mi semblanza con sus ojos grasientos y sus rostros curtidos por el sol inclemente. Llegué a sentir miedo, pero la fascinación suplantó esta sensación morbosa y mis paseos por el Malecón al atardecer se convirtieron en rutina.

La llegada auguró la proximidad de la Candelaria. En la ribera malsana al otro lado del río, donde la cizaña pueblerina nacía y crecía sin desprenderse de sus creencias más arraigadas, se empezaron a encender fogatas nocturnas y a entonar canciones horripilantes que me hacían estremecer desde la coronilla de la ribera opuesta. Fue a partir de esas fechas que unos ojos rojos, demoníacos, aparecieron en mis sueños, con un centenar de manos putrefactas. Mi subconsciente me advirtió del supremo horror próximo a atestiguar una noche de tinieblas llena de música demoníaca y sombras pálidas que brotaban del agua.

Cumplí mi labor social como asesor psicológico dando asistencia a jóvenes y adultos con trastornos neuróticos.

Al principio las entrevistas concurren con normalidad, con los típicos cuadros de depresión y paranoia que atormentaban a la población juvenil. Como si a cierta edad fueran asediados por legiones de pensamientos negativos que destruían su entorno. Los más jóvenes eran atacados por períodos recurrentes de ansiedad y algunos más graves corrían el riesgo de quitarse la vida. Desde el principio sospeché de la anormalidad con que estos casos de vampirismo emocional confluían sin símil entre edad, género y posición social. El único patrón que pude entrever fue un desordenado diagrama de jóvenes que habían intentado quitarse la vida —así como otros que lo lograron—, presente en los sectores próximos al cauce angosto del río. Podría ser solo una conjetura absurda, pero se creía que los fenómenos ambientales podrían influir en la psique... ¿Quién podría imaginar que los contaminantes del agua influyen en la tasa de suicidios? El primer mes concluí que diversos factores medioambientales afectan el comportamiento de los individuos en estas provincias.

Uno de los casos que más llamó mi atención, en esos primeros meses, fue el de un joven sacristán de la Capilla San Francisco, de aspecto pálido y enfermizo, que parecía adormilado por el veneno de una musaraña invisible incrustada en su espalda encorvada. La religión lo afectó gravemente: había dejado de comer y dormir para sumergirse en una plegaria por los pecados del mundo. Todo lo que veía, ante sus ojos alienados, estaba asociado con imágenes de Satanás y sus sirvientes malignos.

—¡Cuando el plenilunio enardece el río y las abominaciones sumergidas en el lecho ascienden a la superficie... nuestra vida peligra! —Sus ojos eran dos esferas debilitadas por el insomnio, encerradas en párpados cansados—. ¡Debimos consagrar un *Dimicatio*! El Padre Boris me eximió del servicio por un tiempo, haciendo caso omiso a mis súplicas. ¡La ciudad podría hundirse en las tinieblas!

El joven fue perturbado por incesantes pesadillas, posiblemente influenciadas por repetidas lecturas bíblicas sobre profecías apocalípticas y la influencia inflamatoria de cierta rivalidad con las religiones locales en disyuntiva con el cristianismo. Es bien sabido que la santería corresponde a un alto porcentaje del fanatismo parroquiano. Los altares de Santos y las peregrinaciones a las sierras eran frecuentes en épocas paganas. Entrevisté al perturbado un par de veces tras recetar ansiolíticos, revisé su historial y descubrí la fuente de su ferviente necesidad: era el producto de un cura que rompió los votos de castidad y lo engendró con una monja del Monasterio de la Encarnación. Un vástago nacido del incumplimiento del celibato sacerdotal y los desórdenes mentales ocasionados por las privaciones. Su obsesión con la religión rayaba en lo obsceno por su necesidad patológica de aprobación. Le receté somníferos y calmantes, y fue referido a terapia conductual.

Días después nos llegó una jovencita de tan solo quince años, muy guapa y visiblemente serena; pero que, según su familia, estaba como una cabra desde el cambio de colegiatura. Al principio creyeron que se debía a la pubertad: los cambios hormonales y sociales que entran en conflicto con las mentes infantiles. Pero su aparente aislamiento se debía a un evento desconocido que la perturbó sobremanera... haciendo que su mente se proteja de los infinitos horrores que pululan más allá del hogar.

Su madre, soltera y regordeta, hizo un esfuerzo significativo para no romper en llanto después de relatar los episodios paranoicos de su hija. A continuación, salí del despacho para poder interrogar a la joven. Lo primero que noté fue una señal de alerta en cada folículo de su piel, cuando se encontró sola conmigo. Su respiración se cortó y clavó la mirada en el piso. Pensé enseguida en una víctima de violación, posiblemente atacada por un familiar.

—Andrea.

No respondió, pero detallé un movimiento de sus labios como un aleteo. Hice preguntas rutinarias, pero sus respuestas fueron cortas y tajantes. Vivía sola con su madre desde que su padre murió, fue dolorosa la pérdida, pero ella se encontraba aparentemente bien, pues tuvo una amiga que la apoyó durante el luto. Cuando le pregunté por esa persona, noté que su nerviosismo aumentó... e hice pasar a su madre para que me explicase las razones del cambio de colegiatura.

—Fue tan repentino —confesó la mujer—. Era una chica tan buena e inteligente. Fue la razón por la que cambié a mi hija de colegio. Su mejor amiga tuvo un novio con una familia extraña. No sé bien qué ocurrió, Andrea siempre acompañaba a su amiga a todos lados. Pero un día dejaron de hablarse, y se separaron. Y... al mes, la amiga de Andrea se suicidó bebiendo cloro de piscina. ¡Fue tan repentino que no supo qué hacer, Dios mío!

Quería seguir hablando con Andrea porque podría tener un caso de violación sin denunciar. Precisé de numerosas preguntas y tres entrevistas para confundirme mucho más de lo que cualquier otro médico podría predecir, y recomendé el caso a un colega psiquiatra más experimentado. El chico en cuestión parecía haber perturbado a Andrea con un hecho horrible, no parecía haber abusado de las chicas... pero en su mansión familiar, sobre una colina donde se yergue la vileza de la sociedad, les enseñó un paisaje de terror que las persiguió hasta arrancar de ellas toda inhibición preexistente.

El relato que me contó la joven, paranoica, me asustó en gran medida y tuve que ceder ante posibles alucinaciones inducidas por el estrés o un episodio de psicosis colectiva. Si realmente la historia era verídica, estas jóvenes fueron sometidas a un umbral de horror capaz de aniquilar la cordura humana.

Andrea y su amiga —llamémosle Viví por respeto a su familia— conocieron en un baile a un joven llamado Cristian Aguirre, de modales extrovertidos y de familia pudiente. Este joven mostró interés por Viví, y principió una relación romántica. Andrea era la mejor amiga de la novia desde su temprana infancia, y aunque visitar la residencia Aguirre la incomodaba, quería y velaba por el bienestar de su compañera. La incomodidad de la joven nació al respirar el aroma salitroso que pesaba en aquella diminuta comarca, resguardada por altos muros en la colina que dominaba el río, por la cual se accedía mediante una empinada subida a una cumbre de mansiones de techumbre colonial y colores pastel. Lo primero que se encontró, y le inspiró un desasosiego inaudito junto con un recalcitrante horror que no pudo diluir... fue un espantoso altar montado en la pequeña celda solariega de la residencia. Las figuras no se asemejaban a los Santos idolatrados comúnmente por el vulgo. De hecho, no parecían venerables: sus estatuillas inhumanas eran indescriptibles, labradas de un extraño material verdoso que debía provenir del fondo del mar. Creyó que eran duendecillos o réplicas exactas de estas criaturas ignominiosas.

Cristian parecía normal, ajeno a las supersticiones que tapizaban las paredes de su hogar con conchas marinas prodigiosas, retratos de batracios inenarrables y altares de piedra con artefactos de coral y osamenta. Existía un óleo antiguo sobre un intercambio comercial entre unos españoles y unos extraños aborígenes ribereños que no parecían enteramente humanos por sus aspectos viscosos y deformes, como leprosos. No tenía hermanos y sus padres vestían de blanco todos los días del año salvo la víspera del Walpurgis y la Candelaria, cuando iban en taparrabos exhibiendo ostentosos collares de piedras oscuras. Su madre era una mujer de ojos vidriosos y delgadez enfermiza, maquillada como una

faraona y de andar peligroso como un felino al acecho. Su padre era alto y panzón, de mirada grasienta como si estuviese a una indigestión de comerse a una persona... propenso a las cavilaciones profundas, en las que solo podía concentrarse en las supremas concepciones de lo horrible y lo grotesco. Sus tíos tenían sobrinos pequeños y un conglomerado de adeptos de una extraña religión que admiraba figuras diabólicas, distantes enormemente de parecer seres antropomórficos por sus características marinas. Idolatraban el Carnaval y las fiestas paganas, ocasiones de reunión en púlpitos enérgicos. Celebraban aquelarres de cantos malsanos en cuartos oscuros y tenían un corral de chivos y gallinas que utilizaban —Andrea relató esta parte ahogando unas náuseas espantosas— en sacrificios rituales donde ingerían su sangre.

Cristian les explicó que así como las familias convencionales les enseñan cristianismo a sus hijos, ellos practicaban la religión que heredaron de sus ancestros, en conmemoración al panteón de un dios oscuro conocido como Odrareg. Pero, aunque siempre hablaba de la abundancia y la prosperidad... parecía esconder un oscuro secreto que, aunque relataba ensimismado las celebraciones familiares, dudaba y bajaba la voz ante cierta ceremonia secreta celebrada dos veces al año para la fiesta de la Candelaria y el Día de la Raza, en el río Orinoco, durante la satanizada Hora del Diablo.

En la ecuación, la razón de mayor curiosidad, y posterior horror para los jóvenes, era la existencia de un cuarto herméticamente vetado de la casa, al cual se accedía mediante una trampilla desde el sótano, que no era usada salvo en la ceremonia secreta. Cuando le preguntaron al joven qué se escondía en las tinieblas acuarteladas dentro de aquellas cuatro paredes de concreto, este negó con la cabeza y confesó que tampoco sabía. La curiosidad se encendió en sus cabezas como un chispazo en un barril de pólvora. Las chicas

comenzaron a formular hipótesis y teorías de lo «escondido» entre las paredes. Las visitas se volvieron frecuentes, siempre pegando el ojo y el oído a la habitación sellada cuando tenían ocasión.

No debía medir más de cinco metros cuadrados, pero adentro podían esconderse tesoros malditos y temibles elucubraciones. A veces creían escuchar un repentino restallido de cuero y un chapoteo, como si un ser abominable intentase emerger de un pozo cegado. El silencio furibundo de la familia Aguirre les comía la cabeza con profunda enajenación.

Un día, Cristian se alistaba para pasear por el Malecón, y Viví posó las manos en la pared falsa del recibidor y habló:

—¿Hay alguien allí?

Enseguida pegó la oreja a la pared, y escuchó una respuesta. Palideció, más por la emoción del descubrimiento que por el horror imperceptible. Andrea no le creyó, hasta que pegó la oreja y Viví volvió a formular la pregunta.

—¿Qué eres?

Pero la respuesta, amortiguada y rasposa... nunca llegó.

—Eres una mentirosa.

—Escuché que dijeron «sí» —juró la joven—. Fue claro y grave. Como una persona cuando tiene catarro.

Intentaron repetir el experimento, pero la madre de Cristian las sorprendió y tuvieron que elaborar una mentira. Viví, por su naturaleza orgullosa, no quería quedar como una mentirosa y Andrea le creía poco. Hasta que la muchacha tuvo una idea siniestra: iban a descubrir lo que se escondía en las paredes, a través de la trampilla que supuestamente estaba en el sótano. Nadie se enteraría. Planearon, en sus maquinaciones infantiles, bajar al sótano y mirar furtivamente por la rendija de la trampilla que conducía al sepulcro gutural. Lo hicieron, pues, bajaron al sótano como dos culebras al acecho y se deslizaron a través del polvo y los cacharros hacia la escalerilla que conducía a su

descubrimiento. Las telarañas daban al sótano un aspecto decrepito y antiguo, y los gruesos tomos gastados e instrumentos indígenas amontonados ofrecían un hálito mefítico.

Consiguieron subirse a la escalerilla de seis peldaños y empujar la trampilla; un tanto pesada, pero cedió con esfuerzo y cuatro manos pujando. Lo primero que exhumó la abertura fue un aire viciado y pantanoso como un miasma proveniente de una tumba profanada... y un crujido pavoroso que delató la rotura de un gozne. Andrea reprimió el grito mientras su amiga metía la cabeza en aquel ojo del inframundo. Una ventana al infierno por la que se derramaron blasfemias. La chica de abajo contempló la negra oscuridad y las formas que se removían en aquel cuadro tenebroso. Le pareció notar una viscosidad y un color extraño, antes que su amiga rompiera en pavorosos gritos. Andrea se petrificó de la impresión, mientras la escalerilla se reducía a trozos bajo el peso de Viví y su histeria enloquecida. Se asomó por un instante y distinguió una silueta bituminosa que brotó de un estanque invisible con un chapoteo aceitoso. El mismísimo diablo asomando su ojo crepuscular y escarlata sorbió un fragmento de su alma. Ambas salieron corriendo, rompiendo en carcajadas como locas. La puerta estaba abierta y huyeron, lunáticas, a la realidad conocida y palpable de las callejuelas de adoquines que cubrían la abultada colina, donde se alzaba la parroquia como las escamas de un leviatán acorazado. Gritaron, Andrea temblando y Viví enloquecida, incapaces de mirar los alcantarillados de las callejuelas, vomitando sus miasmas pestilentes desde cavidades innominables. Fueron atormentadas por desenfrenados episodios paranoicos al pensar en el tejido subterráneo de acueductos húmedos donde proliferaban los demonios inhumanos y la degeneración. Se sumieron en el más sacrílego silencio y odiaron todo lo relacionado a Cristian Aguirre y su familia de brujos.

Andrea me contó, llorando, que sus pesadillas solo eran un débil atisbo de las que Viví se atrevió a confesar. Las chicas joviales se volvieron taciturnas y feas, trastornadas hasta la médula, y se cerraron... salvando sus mentes de la oscuridad que acecha al mundo humano y que lo resguarda de esos «terrores exteriores», incompresibles y extrañamente enfermizos. Viví se distanció primero, agravada en mayor medida que Andrea, y su futilidad fue insoportable. Terminó deglutiendo un frasco de blanqueador de piscina para mitigar su resaca de pesadillas. La abominación terminó para la joven desafortunada, pero empeoró para Andrea.

Existe un llamado horrible, telepático, que antecede a un horror primordial que late en cada célula del organismo. Que fue configurado en los genes mediante el miedo y la superstición; es el más profundo y discreto terror que los seres humanos poseemos: el rumor de la prevalencia de seres que somos incapaces de comprender, cuya supervivencia antecede a nuestra aparición... y posiblemente dominarán la Tierra cuando nos hayamos exterminado. Estos seres metafísicos o prehistóricos se alimentan de nosotros, y nosotros de ellos, en una simbiosis parasitaria que extiende sus tentáculos negros por el mundo. ¡Y sabrán los dioses gobernados por el tirano Altísimo Supremo lo que esperan en su vampírico letargo!

II

Existe un terrorífico personaje recluido en el sanatorio desde hace dos décadas. Un caníbal inhumano estudiado de vez en cuando por especialistas, capaz de arrojar profundidad a las conjeturas más estrafalarias concertadas por mi persona durante aquel descenso a la enajenación. Es importante,

señor rectorado, que antes de emitir mi culminación sobre esta pasantía, se me permita explicar el episodio de locura que transcurrió en Ciudad Zamora... pese a las extrañas noticias que aún se esparcen.

Durante la breve entrevista en que se me permitió hablar con el trastornado, pude notar cierto aire de decrepitud en su marchita lozanía, y una profunda aversión a la noche que daba mucho que pensar sobre su psicosis. El hombre confesó haber descuartizado y cocinado a treinta mujeres, asegurando que la carne masculina era amarga... pero en declaraciones posteriores aseguró que se vio iniciado en el canibalismo por influencia de una secta que residió en la ciudad hace cuatro décadas; y que aún se mantenía impoluta e invisible ante los ojos de la sociedad. Cuando se indagó en esta turba satanista, el hombre —que llevaba dos décadas sin consumir seres humanos— confesó cómo el hábito desarrolla al adicto. Lo que empezaba como un ritual pagano de sacrificios durante la fatídica víspera de la Candelaria se convertía en un baño de sangre concertado en la noche del Carnaval con la venia del «Elegido»... hasta la expiación durante el Miércoles de Ceniza cuando las ofrendas eran sometidas a sahumeros. Los adeptos debían abstenerse de consumir carne durante los tiempos litúrgicos para acrecentar el placer mórbido del festín caníbal durante el Viernes Santo: día en el que Jesús llora por los pecados de los hombres y el abandono de Dios.

Los detalles que contó del culto, dispersos y contradictorios, arrojaron luz a un círculo hermético confabulado en nombre de un dios ignominioso hambriento de crápula. Había médicos más escépticos que aseguraban que podría tratarse de un grupo ficticio sodomizado por el horror, las quimeras y por la imaginación de un hombre trastornado. Durante mi corta y espeluznante entrevista, el paciente habló de su infancia arruinada por la violencia de sus padres

y su afición por lo grotesco e ignoto. A los diecisiete se congregó a una abadía negra donde se exploraba el ocultismo y se concertaban rituales de sangre en adoración a Behemot y Moloch, sirviendo de buen grado como verdugo de gallinas y corderos. Sin mucho interés en aprender los oficios rituales, pues los sacerdotes enmascarados eran extraños visitantes solo vistos en las ceremonias, disfrazados con túnicas que hacían dudar a algunos sobre su naturaleza humana. Su deleite por la sangre principió engullendo sorbos amargos y tibios. No le prestó atención a las figuras pestilentes que rezaban con agudos silbidos y poseían proporciones de sapo y cuerpos diminutos; su presencia era desconcertante y en lo que cabe, espeluznante... hasta concluir que eran mendigos zarrapastrosos que fungían de pescadores en cabotajes cercanos.

Con el tiempo y los años de ceremonias requirió emociones más intensas... y fue a parar al seno de una orden sacerdotal que regía bajo la potestad de Meridiano en la Tierra, una deidad con cuerpo de hombre y cabeza de ciempiés. Fue entonces cuando rebanó arterias carótidas y probó la sangre humana a chorros, volviéndose adicto a su frescura ferrosa y a la violación. Sirvió a los adeptos como un Anticristo, pero, en el fondo, poco le importaron los diablos o los sermones de empoderamiento hedonista. Él solo quiso mutilar y engullir hasta la saciedad que produce la veneración de lo prohibido. Existe un placer mórbido en la muerte, que cuando se prueba hace de matar un acto comparable a la eyacuación. Durante meses fue verdugo y comensal activo en las más atroces Ceremonias de Meridiano. Pero un día, se topó con un hombrecillo que se había ganado la enemistad del culto negro con su intromisión durante un aquelarre, al que desafió a una contienda espiritual que terminó por trepanar en su conciencia una aversión a los motivos religiosos y los hombres devotos.

El hombre era moreno como los cuadros del papelón, con un bigote oscuro sobre los labios mustios y lampiño como los indios de casta pura, impregnado de un aire de sapiencia fantasiosa. Su madre le aplastó la cabeza en su nacimiento al cerrar las piernas bruscamente, y los doctores le reconstruyeron el cráneo dándole una esperanza de siete años entre los vivos. Cuatro décadas después, seguía pateando el mundo y riéndose de la vida... Sus ojos oscuros eran pura ignorancia, pero en su corazón era más sabio que los monjes chinos inmortales y los yoguis fumetas. Por poco perdió la pierna en un accidente automovilístico, pero ganó una cojera distintiva que lo volvió inigualable. Hablaba mucho y sabía muy poco; ignoraba las ciencias, pero sabía de antemano la naturaleza de la sanación. Reía estruendosamente como un borracho, se defendía de la maldad como un niño inocente y no existía en el mundo ser más miserable en su rotundo abandono. Lloraba cuando hablaba del bienamado de su padre, y disfrutaba en secreto el triunfo de su hermano en el deporte. Quería mucho a su hija, que estaba fuera del país, y les contaba a todos de sus proezas artísticas. No quería vivir, pero tampoco se daba por vencido con la vida.

Cuando era un atleta veinteañero, enfrentó al asesino antes descrito en una disputa verbal respecto a los hombres ante los ojos de Dios; el bueno y el pecador, el bondadoso y el despota; Jesús y Satán. Ambos hijos de un mismo creador, pero dispares y opuestos. Se gritaron, provocaron, conversaron, y en su infinita cultura religiosa, el miserable fue capaz de enternecer al homicida con parábolas. Le habló de la carne y sus debilidades, y de una fortaleza descomunal que yace en el corazón del más desvalido. Del corazón de Cristo y su fuego eterno que insufla el alma de los creyentes. Cuando el caníbal, ofuscado y echando espumarajos por la boca, lo asió con una fuerza considerable para arrancar un árbol de un tirón... el hombrecillo

ni se inmutó; la diferencia enorme entre sus masas predecía el resultado; eran David y Hércules a puño limpio. Pudo haber sufrido un agonizante episodio de convulsiones, tal era su deficiencia... pero una fuerza titánica hinchó su vientre como la vela de un barco, y con un empujón, proyectó al gigante unos cinco metros sobre el suelo. Era la mente sobre la fuerza y la castidad sobre la lubricidad. La pureza y la vileza en sus máximas reencarnaciones.

—Podrías devorar a cien hombres —dijo con su extraño acento—, pero nunca podrás levantar un dedo contra un Hijo de Dios.

Fue entonces cuando se precipitó un cambio sobre el homicida, deshonorado ante su frustrada cacería. Pensó en las prédicas del hombre, del dolor y la soledad. Comenzó a escudriñar con severidad al Demonio del Meridiano y todos esos dioses blasfemos. Los odió y repudió... y lloró por todo el sufrimiento que causó. No regresó más al culto concertado en los bajíos de la carretera perimetral. Meses después, se entregó a la prefectura de policía y confesó sus crímenes. En su humilde domicilio encontraron cabezas congeladas, muslos rojos, recipientes con carne molida y morcillas de sangre. Se le abdicó la pena máxima: treinta años. Del culto satanista no se supo más, salvo que frecuentaban el terreno baldío que correspondió a la Batalla de Maracalí durante la Candelaria y el fatídico Walpurgis, vistiendo ostentosas levitas y ofreciendo sacrificios de sangre a Meridiano, bajo las lecturas del maléfico *Libro de los grillos*. Las autoridades, por motivos que desconozco, no se acercaban al viejo barrio foráneo a la carretera, antiguos asentamientos campesinos para plantaciones agrícolas, y dejaron en libertad aquel aquelarre que era mejor escudriñar de lejos ante la falta de pruebas. Del primer culto, los Adoradores de Odrareg, frecuentado por especímenes humanos deformes que hedían a estanque... se encontró mucha menos información.

Las leyendas guayanesas eran diversas y horribles: hablaban de seres antropomórficos sin cabeza, más bien, con el rostro en el pecho; diablos sobre tepuyes; pasadizos encantados a tierras oníricas, y especies crípticas de gigantes de piel verde que provenían de la Tierra Hueca. Abundaron mitos sobre devoradores de hombres en la época precolombina, con las incursiones de los Caribes caníbales y las epidemias que arrastró la colonización. Los indios contaban aterradoras historias de montañas titánicas limpiamente cortadas que en el pretérito fueron los árboles primordiales donde nació la vida; endriagos del río que ahogaban niños y violaban a las doncellas que se bañaban de noche para esparcir sus semillas en la humanidad; chamanes que se convertían en fieras, y mujeres que saltaban sobre las ramas en forma de horrendos pájaros de seis ojos y cuatro pares de alas negras. Mi interés por el folclor se vio excitado, a medida que profundizaba en aquella realidad ajena a nuestra concepción del mundo y la ciudadanía.

Poco a poco, me fui interesando por este elocuente personaje que vivía en un barrio marginal de la ciudad conocido como Atahura, alejado de mi estilo de vida citadino, y que sobrevivía de forma extraordinaria como solo los miserables se las pueden arreglar para solventar su existencia. Busqué, pues, al personaje glorificado por las historias del caníbal con un par de semanas de persecución... hasta ser capaz de dar con el profeta. Vivía en una casucha destartalada hecha con láminas de hierro, y se daba sombra con un mangar cuando el calor empeoraba en el verano. Trabajaba de vigilante en la escuela local, y resolvía su vida con distintos oficios de podador y curandero. Asistía a escuchar la palabra de Dios en las iglesias protestantes, y tenía un millón de historias para contar.

Desde que su mujer lo echó de la casa de sus padres, tuvo que vivir en un improvisado tugurio de cinco metros cúbicos, sin ventanas, y con un techo frágil que, a pesar de

todo, resistía los embates del mal clima. Su único lujo era un suelo de cemento pulido que repudiaba las serpientes y los alacranes. Dormía en una cama desvencijada cuyos resortes apuñalaban su espalda, leía sobre espiritismo y oía música en una radio remendada sobre un armario obsoleto, que también usaba para medir el flujo del tiempo y las dinámicas mundiales antes del final profetizado en las escrituras. Guardaba sus herramientas bajo la cama y sus alimentos en el armario. Vestía las ropas del gobierno y llevaba en su espalda el bolso del Estado, repleto de dicha y prosperidad. Era la casucha más miserable de un vecindario atrapado en el atraso.

Difícilmente lo podrías encontrar triste, salvo en su cumpleaños o en Navidad, cuando su espíritu era más melancólico que todos los árboles muertos del mundo. El resto del año se entretenía con las indulgencias mundanas: comía arepas todos los días, sin quejarse, y se divertía dándole al pollo mil y un sabores. Leía como un erudito, y se expresaba como un magnánimo ingenuo. Nunca estaba solo, su fe y Dios lo acompañarían hasta el infierno... y era esa misma fe la que lo mantenía infelizmente vivo, y la que le mostraba, a través de sueños, las panaceas más disparatadas de la medicina tradicional. Su remedio más poderoso fue una receta de miel y hierbas que sanaron a un incrédulo de una diabetes agonizante. Él mismo soñó con la semilla del aguacate y utilizó este ingrediente para levantarse de la cama que lo aprisionó durante cinco años tras el accidente.

Mi primera impresión de él fue que estaba loco. Con la cojera particular de los brujos ermitaños se acercó a mí, sonriendo como un bobalicon. Estreché su mano endurecida y escuché sus bonanzas. Cualquiera pensaría que el claustro lo aisló en una severa enajenación, pero como psiquiatra sospeché que su deficiencia cerebral ocasionaba una alteración particular de la realidad. Para él Dios era todo, y era para sí

mismo un escogido; como todos los trastornados, supe que su megalomanía era una máscara para esconder la tristeza y el dolor que ocasionó su marginación desde la temprana infancia. Creer que eres especial y distinguido es un sistema de defensa ante los complejos de inferioridad que ocasionan las discapacidades.

—Veo tu aura —exclamó con fascinación—. Posees sobre tu cabeza una aureola amarilla que representa la fuerza del espíritu. Te rodea un manto azul que son los sueños que has forjado. Lo más importante será que nunca te rindas en tu camino.

Dicho esto, suplanté a un funcionario del gobierno que estudiaba la salud mental de los pobres. Me habló de Dios; de que él no era un profeta, más bien, un hombre corriente que era capaz de «ver»; quiso opinar sobre la música contemporánea; me mostró su colección de libros espirituales, y me habló de su juventud cuando era atleta de competición en resistencia y metros planos. Afirmó saber la cura para el cáncer y que a las farmacéuticas internacionales no les convenía que se popularizara la medicina naturista. Me contó sobre su operación cerebral cuando nació, y me mostró la cicatriz que dividía su cabeza y el agujero por donde le habían insertado una manguera. Nombró profetas como «Enoe» y al doctor Ernesto Cruz, y me enseñó un fragmento de espada que encontró en un río donde se libró la imaginaria Batalla de Maracalí. Mientras decía todo esto, destapó un pequeño círculo de plástico y se embadurnó los dientes con mezcolanza negra de tabaco.

—¿Y qué me dice de los brujos?

El hombre vaciló, y un fulgor atravesó sus ojos como luces de neón.

—Ellos están en todos lados —contestó con un molesto acento colombiano. Tenía manías excéntricas como

modular su voz hasta adquirir acentos cosmopolitas. A veces tenía accesos de locura y hablaba árabe y portugués como un autómatas descompuesto—. En las serpientes y en los ratones. Los veo volando en las noches y corriendo en las sierras con gallinas en el morro. Están aquí desde que la ciudad se llenó de sangre... y desde que se construyeron los túneles que atraviesan el Malecón. Fueron ellos quienes han formado nuestra historia con conjuros generacionales, y ocasionaron la epidemia de gripe española y de Revinientes hace cien años... para levantar un altar de adoración en la fosa común. El Libertador, hombre como ninguno, construyó esos túneles que atraviesan toda la parte antigua de la ciudad: desde su casa hasta el fortín, cubriendo rutas de escape que fueron cegadas o inundadas. ¡Las catacumbas que construyó Simón Bolívar esconden un secreto terrible! ¡Aquí tenemos mucha historia! ¿Sabes la verdad de los experimentos de clones de la Segunda Guerra Mundial?

—Creo que usted está enfermo.

Levantó un dedo y exclamó con suprema vehemencia:

—A Jesucristo lo llamaron loco.

—Ha estado mucho tiempo solo, señor. Ha vivido siete veces la edad que teorizan los médicos. Es un milagro o, se ha mantenido acá por convicción. Soy doctor, debería estar en control por su condición.

—El mejor remedio es el amor. Con suficiente amor, un corazón se vuelve inmortal.

Tuve que renunciar a escuchar las peroratas de ese lunático, y regresé a mi departamento antes de que la línea de autobuses dejase de circular. Sus contradicciones me licuaron los pensamientos con ideas molestas. Dejé a Andrea en manos de una colega más experimentada en traumas y me dediqué a entrevistar jóvenes deprimidos y recetarles drogas para el insomnio. Una lucha interna se libraba en mi alma, quería

terminar mi servicio y montar un consultorio en Montenegro, pero un obstáculo emocional se interponía: el saber que coexistía una demencia en nuestro entorno; que no vemos, pero respiramos... y transcurre sin que nos enteremos. La festividad de la Candelaria estaba próxima, y una inusual visita llegó a mi consultorio para desbocar toda mi monotonía.

Era un hombre corpulento de rostro simiesco y labios babeantes, su mirada grasienta era estúpida e imperturbable. Vestía de blanco, a juego con un collar de piedras negras. Sentía que lo conocía sin haberlo visto jamás, y él a su vez me detalló con una expresión salvaje y rubicunda. Todo él olía a misterio, tabaco y brujería. Puso una mano gigantesca sobre mi escritorio y dijo:

—Váyase, se ha metido con las personas equivocadas y no tiene nada que hacer aquí —miró sus zapatillas de cuero y susurró sin controlarse, como si aquello escapara de su boca—. Esos demonios lo han solicitado como ofrenda para el pacto.

Quedé desconcertado cuando aquel extraño me mostró su ancha espalda y se retiró. Sus últimas palabras, aunque imperceptibles, infundieron una alarma en mi mecanismo. Me excusé por un malestar febril y me tomé el día libre. Me pregunté qué podría ocurrir, ¿un pacto con quiénes? El extraño presentimiento de que el brujo obró en contra de los seres que creyó conocer el Caníbal... me aterrorizó. Mientras más lo pensaba, más me sentía observado por miles de ojos grasientos. Decidí huir a mi departamento, y pasar la noche en vigilia, organizando algunas entrevistas recopiladas los últimos días.

Hacia la medianoche escuché que forzaron la puerta, y me acerqué para contemplar las sombras que relucían en la alfombra. Un olor nauseabundo se filtró por las rendijas, y me sentí apesadumbrado por un recuerdo vago de ahogamiento y burbujas dulces. Me estremecía, petrificado, ante aquel tacto

pegajoso que cerró sus dedos sobre el picaporte. Finalmente, el forcejeo se detuvo y decidí llamar a la policía, pero en el momento de tomar el teléfono vi una mano azulada —como la de un muerto putrefacto con los dedos adheridos— deslizarse por la cortina y calar la cerradura de la ventana con un relampagueó. Sentí mi corazón despedazado, y abrí la puerta rápidamente para escapar. Me encontré con un corredor vacío cubierto de huellas húmedas. Huellas extrañas que me congelaron la sangre. No recuerdo cuándo caí. Sentí un empujón severo y perdí el conocimiento con los oídos zumbando...

¿Qué fue de mí aquel lapso de tiempo abrumador? No podría decirlo, era la víspera de la Candelaria y algo perverso estaba a punto de ser celebrado por los brujos de la ciudad. Yo lo sospechaba, y rezo a la Providencia porque mis vivencias hayan sido producidas por una pesadilla inducida por el estrés. Lo que narraré a continuación me produce náuseas, y aborrezco aquellos pseudorecuerdos que impregnan mi mente con el indescriptible terror del trauma. Un aquelarre bicentenario o mucho más antiguo, ininterrumpido y absoluto, que adoraba ídolos espantosos y seres abominables. Puedo jurar que en mi oscuridad sentí la oscilación de un motor sobre la superficie del agua... y así, cuando desperté, me encontré en el islote rocoso que flotaba en un mar negro plagado de tinieblas. La luna gibosa y eterna sonreía al agua oleaginosa. Los captores conformaron un círculo ceremonial de túnicas blancas, parafernalia mística, tambores y maracas horripilantes. En la zozobra de aquella roca circular pude distinguir zarpas y ojos luminosos pertenecientes a los repulsivos seres que asomaban del agua. El terror que invade el recuerdo imposibilita la transcripción. El olor a pescado y salitre inundaba el espacio antes que un fulgor ígneo y cegador grabara una impresión violeta en mis pupilas. Era más de medianoche, posiblemente era la terrorífica Hora

del Diablo, ama de ritos y sortilegios oscuros. Escuchaba remover las aguas como a un temporal marino oscilando en el ojo de un huracán. Extraño, porque no sentía la menor brisa... pero el agua se estremecía, bullía y se arremolinaba en un torrente espumoso. No quería pensar en las figuras antropomorfas que divisé en el claroscuro de mis visiones. Me dolía la nuca y sentía la sangre coagulada en el cuello.

Pude distinguir al hombre corpulento vestido de blanco oficiando la ceremonia, empuñando un estilete de hueso, y una turba de batracios ataviados con harapos que silbaban y se estremecían en espasmos. Los seres se deshicieron de los andrajos, gracias al cielo que estaba cegado por el cansancio y el aturdimiento, porque se entregaron a aquellos hombres de forma hórrida y cabal... remontándose a pesadillas vivificadas en los placeres inmundos de Sodoma y Gomorra. Finalmente comprendí qué eran aquellos habitantes de las aguas fétidas y que contemplaron las chicas a través del portal en la casa Aguirre. Habían mezclado su sangre con los colonos, así como hicieron con los antiguos aborígenes: eran reminiscencias emparentadas con la humanidad, aislados por el océano y los ríos. El Ritual de Odrereg era un pacto de hermandad y yo era su sacrificio de sangre. El intercambio era la semilla de la Humanidad: hijos capaces de habitar en la superficie para esos batracios. El señor Aguirre intentó ser piadoso con un miembro de su especie, incluso los perversos guardan respeto para los inocentes, pero los anfibios estaban turbados y ansiaban probar carne después de saciar sus deseos pueriles.

Ellos eran los maestros de la hechicería y nosotros, los amos de la ciencia. Nuestras civilizaciones eran opuestas, y allí, como en muchos lugares del planeta, se celebraban intercambios. Los hombres ofrecieron a sus corderos para el matadero, sacrificios a dioses ahogados que habitaban en sus inframundos submarinos; y ellos ofrecían su abundante oro y saberes arcanos.

Me pusieron boca arriba, maniatado y sudoroso, mareado y asqueado. Esa fue la primera, y última vez, que avis-té a uno de esos endriagos cara a cara. Su visión indefinida me turbó, y no volveré a soñar sin pesadillas. La mundana contemplación del mar o un cuerpo de agua voluminoso es suficiente para enloquecer mi pensamiento. Su piel grisácea parecía muerta, plagada de líquenes verdosos y llagas purulentas. Aquellos ojos redondos y abultados brillaban con una iridiscencia magnética, su nariz era inexistente, la boca ancha y hedionda poseía dos hileras de colmillos serrados y prominentes. Los resquicios de harapos podridos que vestían jamás podrían ocultar semejante terror en sus manos: cinco dedos palmeados, como nosotros, exceptuando ventosas rosáceas en sus apéndices. Eran hermafroditas, y su mayor placer era el intercambio genético. Tanto, que muchos de ellos poseían facciones típicas de los parroquianos y mechones de cabello castaño oscuro.

Grité, grité como un niño aterrado, y lo único que me impidió rendirme ante aquella muerte pavorosa fue un inusitado instinto de supervivencia al que me aferré, tras escuchar la succión de un motor averiado que luchaba por funcionar sobre la corriente. Me giré y contemplé una voz que me llamaba, acto seguido, estas figuras se lanzaron al río dejando escapar gritos blasfemos. Me arrastré, intentando correr, y un pandemonio se desató a mi alrededor. Escuché un disparo, y un cuerpo viscoso trastabilló frente a mí antes de resbalar y hundirse para siempre en las aguas oscuras. La espuma llenó el aire, y el rumor de una docena de lanchas a motor lo siguió en una tempestad. Fue entonces cuando un par de brazos robustos me elevaron del suelo y me depositaron en una lancha larga y afilada como una aguja; quise protestar, pero la voz amable del lunático de Atahura me tranquilizó:

—Dios te ha salvado, yo no.

Escapamos a todo vapor mientras se desataba una tormenta. Todo se vuelve borroso a partir de ese momento. Quisiera poder describir las siluetas que nos perseguían mientras la barcaza saltaba... y la extraña forma alargada y colosal se escurría en el agua bajo nosotros, cuyos ojos rojos como estrellas del infierno me infundieron un horror inimaginable. Después de la trágica aventura, no me pareció descabellada la leyenda de la Serpiente de Siete Cabezas que habita en el lecho del río. En algún momento de la huida, al intercambiar mi benefactor disparos con su carabina... un rugido espantoso volcó la lancha con un torrente de agua y una explosión de astillas, como si brotase un leviatán bajo nuestros pies rompiendo la tensión líquida. Lo último que vi durante la pesadilla fue la cresta de una serpiente marina tan grande como el río mismo...

Desperté al amanecer, rescatado por unos pescadores madrugadores, con un fuerte dolor de cabeza. Estaba delirando, riendo y llorando. Mi amigo había desaparecido, según sus vecinos del barrio, se marchó borracho al anochecer gritando que finalmente Dios lo había escogido para grandes cosas, pero yo sé que su oscuro destino fue otro.

El precio se había pagado, el río cobró su pacto de sangre.

III

Mi relato es difícil de comprender, y asumo que la rectoría no querrá saber más de mis pesadillas. Pero, antes de subir al autobús de regreso a mi hogar, debo explicar a su merced algunos puntos importantes. Ojalá pueda deberse a un mal sueño o una alucinación nocturna producida por el estrés. Aunque las abundantes pruebas difieren grandemente. He meditado al respecto, quizás la advertencia del brujo me

perturbó en demasía induciendo en mí una alucinación nerviosa. Recuérdese que debía trabajar hasta la madrugada en papeleos retrasados. La herida en mi nuca es fácil de explicar: resbalé a medianoche sin darme cuenta, pues nunca he sido sonámbulo o dispuesto a divagar en enajenaciones. Un residente del río reveló que me vio andando a eso de la medianoche junto a varios pescadores. Difícilmente podría desmentir su testimonio, puesto que no me encontraba en mis cabales durante aquellas horas sombrías.

Lo cierto es que una lancha se extravió aquella noche, y más sorprendente aún, las pirañas del río arrojaron sobre la arena de Soledad, ciudad vecina, un extraño cadáver desfigurado. A pesar de poseer similitudes humanas, se encontraba en un avanzado estado de descomposición y muchas de sus extremidades eran anormalmente largas. Vi fotografías de la criatura, que rápidamente fue trasladada a la morgue y estudiada por las autoridades en medicina forense. La ausencia de vello, la presencia de extrañas malformaciones congénitas y un aparente hermafroditismo confundieron a la comunidad. Las pruebas genéticas se efectuaron con desvelo científico... hasta que ingresó un grupo delictivo y robó el cadáver junto con todos los resultados de las pruebas. El caso cayó en el desconcierto.

El jefe de la policía dictó que este grupo de ladrones operó con una logística y una habilidad impropia, entrando al edificio forense sin que las cámaras los vieran bajarse de vehículos cercanos y saliendo por un supuesto boquete en el sótano. Todo en menos de cinco minutos. No se encontraron entradas en el depósito inferior, ni nada que pudiera explicar su desaparición. Testimonios aseguran que los perpetradores fueron escoltados por un sacerdote de túnica escarlata, con la cabeza oculta por un estrafalario yelmo porcino, labrado en un exquisito metal aurífero. Las cámaras no funcionaron correctamente, mostrando pobres imágenes de los ladrones

irrumpiendo por la puerta principal —la cámara de la calle ni siquiera los registró—, robando la celda con el cuerpo grisáceo a punto de ser sometido a autopsia y bajando las escaleras al sótano antes de desaparecer... dejando tras de sí una nube de vapor con aroma a rosas chamuscadas. El episodio se publicó en la prensa ciudadana, que parecía impermeable ante lo desconcertante del hallazgo y su inexplicable desaparición.

Cuando me enteré de esto sentí el mundo debilitarse bajo mis pies. Recordé el cuerpo viscoso y grisáceo de protuberantes ojos que cayó frente a mí con un disparo en la oscuridad. Se hundió como arrastrado por miles de almas hacia un infierno dantesco en las profundidades del río. No solo el cadáver desaparecido fue suficiente para detonar una ola de enajenación en mi alma; un caso aparte, mucho más terrible y caótico, se presentó la víspera de la Candelaria: se avistó al famoso monstruo del río Orinoco después de dos décadas de letargo. La famosa criatura de siete cabezas que se extendía bajo el fango del río, desde la Piedra del Medio hasta más allá del Puente y diversos islotes, despertó de su ensueño y ocasionó una conmoción en la madrugada. El cuerpo de la gigantesca serpiente discurría por los túneles del Casco Histórico y, según la leyenda, cuando la Piedra haya sido cubierta por las aguas, la Bestia despertará y la ciudad será sumergida por la destrucción.

Las cámaras del Puente de la Angostura captaron extraños movimientos en el agua a las tres de la mañana, apertura del Purgatorio para las almas dispuestas a entrar y salir; la desdichada Hora del Diablo. Por un instante, se logró divisar una de las cabezas de la bestia romper la superficie del agua en un par de segundos horripilantes en que el colosal ofidio emergía, mostrando una sarta de colmillos del tamaño de arpones y unos fuegos fatuos tan brillantes que podrían iluminar un faro. El video era aterrador, pero a las pocas horas

desapareció de internet y solo quedaron imágenes dispersas que a las horas se borraron. Fue como un sueño extraordinario grabado en mis retinas. Estoy seguro que aquellos ojos demenciales volcaron la embarcación que me rescató de la ceremonia macabra. Un dios acuático y monstruoso, adorado por náyades voluptuosas y desfiguradas. En el islote se encontró a su vez un ídolo de material verdoso que se trasladó a la Universidad Oriental de Ciudad Zamora, pero que desapareció en los almacenes. Una fuerza invisible fue eliminando los vestigios de ese día caótico, hasta que solo quedaron recuerdos vagos.

El terror se difuminó en el pueblo, pero continuó cautivo en mi ser como una astilla incrustada que, por más que intenté sacar... solo conseguí extraer fábulas dispersas de un horror que antecede a la humanidad, y seguirá socavando nuestras vidas desde esferas esquivas a nuestra concepción. Ese mismo horror que vaga bajo nuestros pies como gusanos cancerígenos, y bulle en las aguas oscuras, al acecho... en los rituales terribles que se remontan a épocas remotas. Abandono esta ciudad infecta de secretos, e ignoro el Mal que fue capaz de enloquecer a dos muchachas y que por años ha ocasionado horripilantes desapariciones y muertes. Ciudad Zamora me ha consumido, y de mí solo quedan huesos carbonizados de una putrefacción que corroe lentamente el tuétano.

Renuncio, señor rector, a mi ocupación, retirándome a un parcial descanso de la locura que infecta las urbes modernas. Suspenderé mis estudios indefinidamente y me dedicaré a estudiar los dogmas de Dios, con tal de encontrar un gramo de esperanza en esta montaña de oscura desesperación. Sé que soy perseguido por sombras, y mi tormento acabará cuando haya partido de este mundo. Dónde sea que vaya a parar —probablemente en un manicomio—, me abstendré de contar la verdad para no ser borrado como la inocente

Viví, que fue obligada a ingerir cloro, y a la indefensa Andrea, que, según las noticias de la prensa, fue encontrada en el baño con las manos unidas a las muñecas por finos hilos de músculo, en un reguero de sangre, como si la torpeza de sus manos fuese incapaz de esgrimir artefactos fuera del agua.

El Culto del Dios de la Carne

Reporte blanco anexo a los acontecimientos precipitados, tras la investigación del extraño cónclave satanista establecido en los límites de la sierra. El agente Salvador García y mi persona, el agente Pablo Álvarez, sentimos la obligación de reportar los horribles sucesos acontecidos los últimos días de sopor. El entrenamiento de la fundación nos capacitó para lidiar con los estragos y conflictos mentales que el enfrentamiento con contravenciones naturales ocasiona en el cerebro humano... pero, por orden de mi superior, me remito ante la obligación de intentar transcribir el horror inenarrable que provocó un estado deplorable de crisis nerviosa, por el cual solicito una baja temporal para cavilar sobre los innumerables misterios del mundo.

A la División de Neutralización se nos encargó la jurisdicción de un caso alarmante en un suburbio rural de Ciudad Zamora. Como agentes disciplinados por la Fundación Trinidad para enfrentar los terrores desconocidos que pululan en los arcanos humanos, nos autorizaron la requisición e investigación de una secta ocultista, adoradores de una extraña criatura resguardada en el sótano de una finca. Nuestra investigación progresó de forma horripilante, hasta que el advenimiento de un horror siniestro puso en riesgo nuestra

integridad y nos arrastró a la fuente de una contravención indescriptible que requerirá de un exhaustivo esfuerzo de parte de la organización para extirpar su malignidad... antes que su cáncer mefítico escale a proporciones catastróficas.

El montenegrino Salvador García había recibido temprana instrucción como sacristán en su diócesis, y me adelantó en los cursos de exorcismo y misticismo impartidos por el profesor Roberto León y el exorcista Jonathan Jiménez en nuestros días de formación. Su habilidad para el combate cuerpo a cuerpo era aceptable, no pasaría vergüenza, pero no sería un rival imponente; aunque su destreza con las armas de fuego era mejor que la de cualquier otro agente regional en la División de Contención. Sus dotes innatos para la deducción e identificación de amenazas eran impecables, y su conocimiento profundo sobre hechicería y mitología lo convertían en un elemento valioso. Este compañero, asignado recientemente a la circunscripción, prestó servicios importantes con la detención de la Vampiresa de Ciudad Zamora y los brotes de criaturas anómalas que surgían de las estepas frondosas en el hemisferio montañoso.

Fueron años arduos de detección y contención tras la instalación de distintas sedes en este país, habitado por criaturas y entidades potencialmente letales, legadas por una historia rica en magos negros y antiguas manifestaciones supranaturales que se remontan a una era precolombina de maldiciones y diablos arracimados en las cumbres titánicas. La subvención de los gobiernos y el apoyo del Colegio Invisible para el desarrollo de programas de control y contención removieron aguas oscuras y virulentas... convenciendo a los terribles magos negros y los aquelarres malignos de que una entidad secular se encargaría de purgar sus atrocidades generacionales. Las cinco divisiones nacionales comenzaron sus operaciones con décadas de demora, infestados de

casos remitidos por las diócesis circundantes y los misterios subrepticios de desapariciones y avistamientos inexplicables registrados por las autoridades.

Ciudad Zamora había crecido enormemente desde su fundación —hace doscientos cincuenta años— como un asentamiento portuario en la angostura del río Orinoco, frecuentemente atacado por piratas ingleses y navíos portugueses que traían al puerto toda clase de alimañas inhumanas del Viejo Mundo. Las tradiciones africanas e indígenas se mezclaron con los ritos europeos para dar cabida a un panteísmo homogéneo con círculos herméticos de todos los géneros: desde los puritanos cristianos hasta círculos masónicos y negros nigromantes que construyeron sus laboratorios y pasadizos bajo tierra, que terminaron por convertir el Malecón del río en un cascarón cuyo suelo escondía una ingente cantidad de túneles y cámaras secretas... que el Libertador aprovechó durante su estadía para fugarse del ataque magnicida que atentaron los españoles durante la Declaración del Congreso. Millares de secretos se cocían en las profundidades del subsuelo, del que cientos de historias se contaban: túneles inundados, laboratorios alquímicos sellados en cámaras aisladas, cofres repletos de tesoros saqueados y galerías masónicas dedicadas a ceremonias frívolas. Había registros notariales de todas las épocas sobre anexos al alcantarillado, cuyos planos de construcción se perdieron con el incendio de la alcaldía en 1972. Así como una constancia emitida por el alcalde Luis Lozano en 1918, para desechar los cadáveres en una fosa común de incineración tras los protocolos de sepultura: decapitación y destrucción del corazón, durante el oscurantismo que asoló a Ciudad Zamora con la Plaga de Revinientes, que hoy día son tabú o mera fábula supersticiosa para el público. Hace un par de años se descubrió a una pareja de lunáticos viviendo en los túneles bajo las colinas históricas

hermosamente decoradas por motivos coloniales; aquellos locos internados en el psiquiátrico revelaron que eran cientos, sino miles... los que se perdieron en las tinieblas y abandonaron sus pellejos humanos para cohabitar con los batracios del río y los espíritus malignos de aquella ciudad plutónica.

Cuando me presenté a las instalaciones de la fundación en la Iglesia Señora de las Nieves de Nueva Bolívar, sabía que mi trabajo no sería distinto al de un funcionario policial dedicado a la interrupción del mal que carcomía a la sociedad. Mi desempeño en los estrictos exámenes de comportamiento y actitudes me permitió asistir a los cursos teóricos y los talleres de formación profesional. El programa requería que uno supiese mantener el control en diversas situaciones perturbadoras; no muchos conseguían mantenerse cuerdos, por el agotamiento mental de las incontables horas de exposición al terror... y pocos eran los egresados del exigente protocolo. La colaboración con la Policía del Gobierno Nacional era fundamental, así como de otros organismos de investigación independiente y el apoyo sacerdotal de la Iglesia católica. Somos agentes que revisan tumbas y neutralizan engendros que contradicen los conceptos en los que la Humanidad depositaba su aquiescencia. El emblema de la Fundación Trinidad es un trípode que sostiene llamas capaces de iluminar las tinieblas: una insignia del fuego que Prometeo le ofrendó a la Humanidad para disgusto de los dioses olímpicos.

Llevo dos años trabajando en la división oriental establecida en Ciudad Zamora, revisando casos de desapariciones personales que la policía descartó como hechos hampistas... así como testimonios de fantasmagorías crípticas y seres repulsivos en las sierras desconocidas; colaborando con sacerdotes eclesiásticos y protestantes, y asesores de diversa índole: brujos, psíquicos, prestidigitadores, taumaturgos, académicos, forenses y colaboradores excéntricos de dudosos procedimientos.

Los casos de cultos fundados por lunáticos adoradores de criaturas anómalas estaban a la orden del día, uno de los más famosos era el de un gigantesco buitre en la región costera al que un pueblito aislado alimentaba con sacrificios humanos. Teníamos decenas de avistamientos de duendes en la comarca septentrional, así como seres incorpóreos clasificados como «Hadas», que enloquecían a los viajeros de las carreteras rurales con tormentos ingeniosos y horripilantes.

Los cultos herméticos conformados por magos dedicados peligrosamente en los terrenos impíos de la Peregrinación Negra eran vigilados con medida, intentando discernir sus futuras pesquisas para evitar infortunios. Éramos flexibles con la calaña ignota; otras sedes extranjeras establecían normas estrictas que regulaban el estudio de las ciencias místicas, solicitando autorización y licencias para sus practicantes... requisando sus manuscritos y prescribiendo sus enseñanzas. Nosotros éramos diligentes decomisando opúsculos peligrosos y promulgando reglas que no consentían la manipulación de sangre y órganos humanos en los oficios rituales... así como en la impartición de talleres de precaución sobre misticismo en las universidades públicas. Advirtiendo del peligro de la Peregrinación Negra y la profanación blasfema, que convertían trabajos mágicos en invocaciones espeluznantes de un Caos Sobrenatural inenarrable. Tratamos de evitar la proliferación de estos aquelarres adoradores de dioses malignos, así como de difundir la Metodología de Contención en caso de hallarse frente a un Mal incapaz de describir.

La sede principal de la Fundación Trinidad, en alguna región colombiana, envió órdenes secretas para investigar la propagación de un culto africano que había ingresado a Sudamérica ilegalmente... llevando consigo un horror infecto capaz de desatar una plaga descomunal. La alerta empujó a la región a una falsa cuarentena de Ébola mientras

investigamos su paradero. Los datos dispersos y el aparente secretismo de la organización despertaron inquietud en la división, aquella amenaza era significativa y habían enviado nuevamente al agente Salvador García, bajo el monitoreo del mismísimo Jonathan Jiménez, para localizar y neutralizar el horror desconocido que auguraba una hecatombe.

La búsqueda encendió al departamento. La policía municipal trabajó abiertamente en la investigación del caso, y la alcaldesa María Urbaneja se dispuso a involucrar activos militares con tal de cubrir suficiente terreno. La orden de arriba fue de avanzar con sigilo para no perder la pista, manifestando aquel horror que se gestaba en un tugurio desconocido de Ciudad Zamora. Explorar y barrer los túneles resultaría en un desperdicio de recursos, así como paralizar la actividad económica de la circunscripción. Todas las carreteras fueron custodiadas por cuerpos policíacos dispuestos a revisar meticulosamente cada vehículo que entraba y salía... siempre buscando un secreto innominable que el alto mando de la fundación no se atrevía a revelar.

En aquellos días ajetreados, me correspondió la tarea de recopilar datos respectivos a las extrañas creencias de las tribus africanas establecidas en las reservas naturales de espesas sabanas. Mi ordenador estaba lleno con archivos compilatorios que describían listas de dioses tribales, costumbres y ritos transmitidos de forma oral por miles de años. Soñaba con sabanas rojas y cielos púrpuras moteados de estrellas distantes. También investigué la proliferación de creencias oscuras en los guetos de esas grandes ciudades empobrecidas... estudiando horas de metrajes horripilantes que capturaban las torturas rituales que rayaban en el canibalismo y la mutilación crapulosa. Hubo videos que fui incapaz de digerir, que involucraban a mujeres embarazadas y líquidos cárnicos, y que me siguen provocando arcadas en mi intento de deglución informática.

Aquellas lúgubres utopías, abandonadas por Dios y gobernadas por caudillos, se habían degradado a rincones inhumanos de degeneración mental y lubricidad sanguinaria. No sabía qué buscaba en aquel pantano de informes traducidos y metrajes agotadores... Solo cumplía con identificar la raíz de aquellas prácticas en sus conexiones con antiguos ceremoniales africanos. Las carpetas encriptadas llegaban a mi ordenador de la fuente principal de la fundación, y hacía cuestionarme sobre la clase de horrores indescriptibles que guardaban en sus servidores incorruptibles e inaccesibles.

Un día, versado en mi trabajo de asignación e identificación, llegó un único cortometraje de menos de un minuto de video de baja calidad. Las investigaciones respecto a la ubicación del escondrijo del horror habían progresado, tras despejar fincas aisladas en las sierras y cubrir abundante terreno en las carreteras; los brujos informantes de la región sospechaban de unos misteriosos visitantes que frecuentaban los mercados comunales para abastecer una hacienda en lo profundo de los barrios marginales del asentamiento rural. Descargué el archivo, estaba cifrado y demoré cierto tiempo en decodificar la configuración. El video comenzó a correr, y apreté los dientes mientras todos mis órganos se preparaban para recibir la porquería audiovisual. Era un trabajo agotador y asfixiante, pero estaba recibiendo un bono cuantioso a cambio de centímetros intestinales. Esperé, y escudriñé una oscuridad de píxeles negros y retazos que la cámara no alcanzaba a enfocar... Avanzaron los primeros diez segundos y solo oí un repugnante rumiar y un chapoteo. Presentía que se avecinaba un horror con aquella naturalidad que inspiran los metrajes espeluznantes... y a media grabación, la cámara enfocó una abominación que me hizo retorcer en el asiento y arrancó un grito de mi garganta. El horror innombrable era una masa pulposa que no llegué a discernir correctamente,

cuando un alarido proveniente del audio terminó la grabación con un telón ciruela. El video estaba corrupto, y solo se podía ver una vez...

Aquello me causó una impresión inquietante e imborrable. En mis documentos relativos a estos videos no encontré nada asociable... Concluí que el metraje no se parecía a ninguno de los otros rituales grabados en túneles subterráneos o casas destartaladas habitadas por drogadictos desquiciados. Debió ser una equivocación del sistema, y fui a la oficina donde se alejaba Salvador García para afrontar aquella perturbadora escena.

El hombre joven asintió, revisando los reportes policíacos referentes a vigilancias y órdenes de allanamiento. Llegué a vislumbrar un mapa de Ciudad Zamora cubierto por símbolos y círculos, dibujados con marcador... así como otros mapas de ciudades que no reconocí, cuyas calles estaban escritas en otros idiomas. Me pidió que tomara asiento frente a su escritorio y me pasó un informe detallado, cuya lectura breve y concisa me inspiró una sensación horripilante de inefable horror cósmico. No podía creer que tales abominaciones pudiesen existir en nuestro mundo. Habitado a la contención de entidades anómalas gestadas por la energía residual de las personas y la neutralización de abominaciones creadas por alquimistas locos... aún sopesaba un pensar pragmático que intentaba deshuesar aquellos hechos antinaturales con explicaciones bioquímicas, aberraciones evolutivas y mecánica cuántica. Pero aquello terminó por descuadrar la concepción sólida que tenía del mundo, y de los muchos mundos que eclosionaban en nuestra esfera de realidad.

El Culto del Dios de la Carne dejó de ser una efímera capitulación del caso para convertirse en un horror que trastornó mi pensar. Durante semanas había recopilado y clasificado información importante para el agente Salvador García, cumpliendo una labor imprescindible para arrastrar

el horror a una conclusión desagradable. Esa fue la última jornada laboral que nos vieron con vida, porque nosotros no regresamos de las profundidades aterradoras de la sierra vesánica. Teníamos la misma edad, pero nuestros diferentes dotes se complementaron aquella noche que partimos en su vehículo asignado. Salvador, en el asiento del copiloto, me fue indicando el camino mientras preparaba su Zamorana: una nueve milímetros semiautomática, que todos los agentes activos debían llevar consigo. Decidimos no involucrar a las fuerzas especiales de la División de Contención. Sabía que estábamos a punto de cometer una barbaridad ilegal... mientras nos adentramos a las carreteras descuidadas de aquellos suburbios rurales de espesa foresta, y extensos asentamientos campesinos de reses gordas y sembradíos resplandecientes.

Conduje por dos horas a través de calles repletas de agujeros y caminos pavimentados con guijarros que nos arrastraban lentamente a una región desconocida de fantasmas y demonios blasfemos. Salvador pidió detener el vehículo en determinado momento, y juntos nos adentramos a pie por la espesa foresta de secuoyas, cipreses y matorrales espinosos que crecían en la fértil y húmeda sierra. Mi guía era meticuloso como una pantera, deslizándose en silencio por el vergel tropical, estudiando sus pasos y repasando una trayectoria que debió planear con anticipación al altercado que estábamos a punto de cometer. La finca que apareció tras la colina era una extensión de magueyes frondosos rodeados por una alta cerca metálica, en cuyo centro se alzaban sendas casonas de fachada vetusta salpicada de delgados tabiques de asbesto y ventanales redondos por los que se avistaba un interior lúgubre y descolorido. Éramos dos animales furtivos al acecho de aquellos cobertizos atestados de herramientas herrumbrosas y habitaciones deshabitadas. Más que un santuario ocultista, era un sitio de encuentro para sus aquelarres

nocturnos en vísperas importantes. Tras recorrer en silencio aquel conjunto de casonas repartidas y caminos serpenteantes... nos encontramos con un cobertizo pestilente, custodiado por un hombre andrajoso de cabello ondulado, bigote escaso, rostro curtido y ojos sangrientos. No era mayor que nosotros, y por su repetitiva tarea de excavar el suelo con una pala rudimentaria... con movimientos erráticos, su rostro enjuto perfilado de somnolencia delató un estado deplorable de embriaguez inducido por psicotrópicos. No llevaba camisa, mostrando un cuerpo mal alimentado y tallado por trabajos forzados. Tampoco reparó en lo ocurrido, cuando Salvador se acercó con cautela a su espalda y lo derribó de una patada en los cuartos traseros. Me apresuré a inmovilizar los brazos detrás de su espalda con un torniquete plástico que selló firmemente sus muñecas... No emitió gritos ni protestas, estaba completamente ido.

Aquel joven me inspiró lástima y repugnancia: su boca abierta y ojos avellanos eran una mueca estúpida. No respondió ninguna de las preguntas de Salvador, limitándose a murmurar incoherencias. No estaba acostumbrado a detener seres humanos, así que bajé la guardia y no escuché al otro hombre irrumpir en el cobertizo de delgados tabiques oxidados. Salvador levantó su pistola en un movimiento fugaz y escuché dos disparos: uno que pasó zumbando a centímetros de mi cráneo y otro que atravesó el pecho del atacante. Seguí aturdido por la impresión, cuando el cuerpo del intruso se desplomó sobre la pared paralela trazando una línea roja con su espalda antes de yacer sentado, desprovisto de vida. El muerto era un hombre corpulento de corta estatura, piel oscura como el café tostado y rostro burlón. Aquellos disparos hubieran despertado a un ejército... pero quince minutos después, nadie entró en el cobertizo. Los dos lacayos eran las únicas almas que residían en la finca. El ajeteo y los disturbios habían disminuido la embriaguez psicotrópica del individuo

inmovilizado, de cara contra el suelo. Su mirada cobró una agudeza escalofriante, sumergida en un charco de grasa fétida.

—¡La policía! ¡La policía! —gimoteó con el rostro enrojecido y los dientes manchados de espuma—. ¡Me van a matar! ¡Me van a matar!

Salvador se inclinó sobre el muchacho y lo asió del brazo, enderezando su posición a la de un presidiario sentado.

—¿Dónde está?

Pero el muchacho se mordió la lengua, enmudecido, sus ojos brillaron de inquietud. Salvador volvió a formular la pregunta, pero refiriéndose a los miembros del culto... Sin respuesta. Aquel joven miraba con nerviosismo, aturdido por su propio coctel de químicos tras el descenso de la sustancia alucinógena en sangre. Mi compañero le aplicó un golpe con el puño que le rompió una ceja, y pareció recapacitar en silencio con un hilo de sangre corriendo a su barbilla. No me gustaron aquellos métodos de sonsacar información, pero la desesperación del momento nos impedía pensar con claridad. Sabíamos que la Fundación Trinidad tenía instrumentos especiales para extraer recuerdos... pero no queríamos retrasar mucho más la investigación.

—¿Quiénes son tus jefes? —insistió Salvador, apuntando con la pistola al muchacho—. ¿Dónde tienen escondido el tumor?

El muchacho bajó la mirada, temblando de pavor. Negó con la cabeza, y respiró con dificultad... hasta que consiguió plantarle cara a Salvador. Abrió la boca para confesar, y sus ojos se tornaron blancos... antes de romper su inmutabilidad en una convulsión: se retorció como un gusano, botando espumarajos por la boca y estampando su cabeza contra el suelo. En algún momento, se mutiló la lengua y las paredes interiores de la boca con los molares y la espuma se tornó de un lascivo color rosado. Salvador estaba estupefacto,

aquel muchacho se revolvió como un poseso atormentado... hasta que dejó de agitarse en un último estertor ahogado. Me acerqué para verificar sus signos vitales y enseguida noté que había muerto de una hemorragia cerebrovascular: los iris oscuros estaban reventados, desparramando un líquido sanguíneo por el blanco de sus ojos. Salvador me miró fríamente, estábamos a una palabra de abandonar el barco cuando aquel horror nos recordó por qué habíamos ido al confín de la ciudad. La voz gutural surgió de una garganta muerta, exhalada por pulmones vacíos... pero sentí como si hubiera provenido de una región desconocida del espacio. Caló hasta el interior de mis huesos como una corriente fría... congelando el tuétano. Nunca olvidaré el desconcierto y el terror, incluso mi compañero, más experimentado en el contacto con las artes oscuras conjuradas por dioses malignos, se sintió intimidado. Las palabras sin sentido iniciales fueron incomprensibles, y la expresión de aquel rostro muerto quedó grabada en mis retinas.

El mulato descoyuntado abrió sus ojos blancos: su rostro era flojo, desprovisto de vitalidad. Permaneció medio recostado contra la pared, con el agujero del pecho manchando de sangre la camisa desteñida. Estaba muerto, la bala había alcanzado el corazón y dañado gravemente los pulmones... así que al hablar pedían coágulos sanguíneos de sus orificios nasales y sus dientes amarillos. Los arcanos de la nigromancia y las ciencias negras hacían acto de presencia en una ignominia crapulosa. La manifestación de aquel brujo a través de una Materia de carne muerta, transgredía cualquier cuestionamiento metafísico y esquema moral. Aquella presencia etérea provenía de un lugar desconocido, aconsejado por demonios espeluznantes sobre encantamientos impensables.

Salvador reaccionó rápidamente con su malicia previosa: pasó junto a mí como una furgoneta y, de una patada, le arrancó la pistola de la mano al cadáver receptáculo. Apuntó

a su vez con la Zamorana el cuerpo aparentemente sin vida, pero no jaló el gatillo. Sus ojos castaños esgrimían ascuas ante la mofa de la presencia...

—¿Quién vive?! —le escuché gritar con voz imperiosa.

—El Dios de la Carne —replicó el cadáver con voz ronca, como raspando el cuero—. Vendrá a nosotros desde una galaxia lejana como Gran Devorador. Seremos Uno con la Eternidad... La Fundación Trinidad no impedirá el Culmen Evolutivo de la Vida. Fundirnos es trascender...

Pero Salvador no quiso seguir escuchando aquel monólogo macabro: descargó un disparo a quemarropa en la cabeza del mulato, que abrió el cráneo como un martillazo y desparramó sesos grises en sus pantalones. Retrocedió, cabizbajo, y guardó la pistola en su funda. Ambos abandonamos los cadáveres en el cobertizo, y nos dirigimos a la casona central de dos pisos con fachada barroca y columnas jónicas. Una de sus piernas estaba humedecida por la sangre y las salpicaduras de masa encefálica. Entramos a la casona deshabitada, de paredes gastadas y suelo recubierto de estuco, y guiados por un instinto indescriptible nos aproximamos a la fuente del horror que mantenía Ciudad Zamora y las regiones próximas bajo una inminente amenaza. El sótano fue velado por dos gruesas puertas cerradas con pesadas cadenas... cuyo candado cedió ante un hábil disparo de Salvador. Él entró primero, yo de último, con una linterna en el puño...

Aquel fue el preciso momento en que mi trastorno se agravó. El olor repulsivo y la estrechez de aquel sitio eran un augurio fatal... y el horror contenido por el culto era suficiente para enloquecer al hombre más pragmático que la ciencia podría inculcar.

El Culto del Dios de la Carne adoraba a una criatura desconocida por nuestra comprensión espacial del cosmos: una abominación antropófaga que creció devorando planetas y soles

hasta abarcar toda su burbuja cósmica como un solo organismo indescriptible. Los magos negros del páramo desolado africano habían descubierto la clave para acceder a esta dimensión incomprendible, mediante rituales que implicaban el trazado de círculos mágicos, fórmulas metafísicas y ciertos líquidos corporales extraídos de formas horripilantes. Los que habían cruzado al estómago de esta forma viviente de dios físico se trastornaron, abandonando sus vidas para fundirse en la Eternidad o extirpando un tumor del Dios de la Carne para germinar en nuestro mundo las semillas de esta magnífica plenitud evolutiva.

En el sótano de la finca se encontraba un tumor traído de las costas africanas, alimentado con sacrificios humanos y animales en ritos espeluznantes, que es mejor desterrar al territorio del olvido. Había crecido muchísimo: una masa poliposa indescriptible que engullía toda forma de vida en su desesperación metabólica. Solo en las pesadillas de los lunáticos se puede concebir aquel horror celular de innumerables pústulas, verrugas y órganos atrofiados que impregnaban el mundo a su alrededor con sopor nauseabundo. He tenido suficientes aberraciones para varias vidas, me consuela creer que el incendio que consumió aquella finca fue suficiente para erradicar la plaga; pero una parte de mi mente se niega a creer que podremos detener la proliferación de estos vástagos repulsivos. He estudiado reportes sobre el hallazgo de estos enjambres en ríos famosos que circundan las grandes ciudades... Nuestra fundación lucha activamente, pero entrar en contacto directo me ha turbado de una forma que soy incapaz de describir. El solo pensar que un minúsculo trozo podría engullir nuestro planeta en semanas... me deja sin descanso. Vivo atrapado en una pesadilla interminable de células que bullen en las tinieblas, y de terrores desconocidos que se arrastran en las ciénegas. Cada vez que miro el cielo nocturno, solo puedo hallar en el vacío sideral un horror cósmico que engulle galaxias y devora el tiempo...

Memorias del Inframundo

Debo explicar la razón del porqué el profesor Rafael Salomón se suicidó sometiendo su mente a una poderosa descarga electromagnética, producida por los sensores del dispositivo experimental en el que estaba trabajando. La súbita apoplejía terminó por calcinar su masa cerebral, encontrando su cadáver desparramado sobre el suelo con la materia gris chorreando por las orejas. La razón de su privación voluntaria de vivir aún es un misterio incognoscible, atribuido por los doctores al prolongado estado de desasosiego que turbó su espíritu durante meses...

Siempre había sido un hombre solitario, dedicado a su cátedra computacional de Informática Avanzada en la prestigiosa Universidad Oriental de Ciudad Zamora. Era programador voluntario en la investigación experimental sobre interfaz neural, que terminó con su vida en tan desagradables circunstancias. Nunca pidió ayuda para salir de su aislamiento, era un presidiario de la tristeza atormentado por una frustración que pocas veces dejaba ver a sus colegas. Vivió sus últimos años en un marginado y autoimpuesto exilio, guardando un horripilante secreto que lo catapultó a rincones lejanos del ciberespacio... donde descubrió los conceptos

prohibidos de una locura virtual que, antes de desaparecer, transcribió en una última declaración de absoluto terror que me obligué a borrar junto con todos los archivos del servidor.

Había trabajado junto al profesor Salomón cuando se le encargó diseñar el programa para la máquina que contenía el Condensado Bose-Einstein, guardado en el laboratorio durante su estudio como el refrigerante más poderoso del mundo. Era un hombre fascinante de cabello corto y rostro refinado, sus ojos eran dos pozos insondables que imaginé turbios en la claridad de la pantalla... cuando su último sesgo de consciencia se proyectó desde la fuente del servidor pidiendo la inmolación. Las pocas veces que nos reunimos en la cafetería —porque comía solo en la sala de computación— solía mostrarse taciturno, incapaz de sostener una conversación profunda. Todos en la sede sabíamos que provenía de una familia pudiente en Puerto Bello, y que vivía solo en una residencia del centro... en el más remoto aislamiento. Difícilmente podía hablar sobre trivialidades que no fueran sus asignaciones pendientes o rápidas asesorías a alumnos confundidos. Sus clases eran metódicas: su explicación de los procedimientos y aplicación de sistemas era sencilla y comprensible. Pero existió una ocasión en que vi resquebrajarse aquella máscara de frialdad en la fisonomía del profesor Salomón, tras asistir a una reunión docente por el cierre de actividades universitarias. Habíamos estado atareados con la evaluación del semestre, así como en la culminación del esfuerzo conjunto de nuestros departamentos en la patente del «Láser Deuterio-flúor». Nuestra celebración se prolongó hasta al atardecer, y aunque Rafael Salomón se resignó al alcohol, disfrutó plenamente escuchando los discursos del rector y los científicos invitados. El salón se fue vaciando conforme las presentaciones concluían y la degustación se agotaba, hasta que acabé sentado junto al resto de profesores.

Soy catedrático en Historia Nacional, y sostuve una discusión intelectual con Emmanuel Urbina, catedrático en Arqueología, estudioso de civilizaciones perdidas; estuvimos largo rato conjurando la hipotética existencia precolombina de una antigua civilización avanzada en la región de Canaima. Las expediciones de la universidad habían encontrado estatuas antropomorfas de basalto e inmensos bloques sepultados en el valle de colosales tepúes limpiamente cortados. En el pasado estudié las bitácoras de Colón y diversos marineros que sostenían la teoría de un Jardín del Edén originario en esta región, y que las escarpadas formaciones rocosas eran la remanencia de árboles primordiales, fosilizados por los millones de años. La conversación lentamente degeneró a los mundanos oropeles de la cotidianidad, y de la perversión juvenil denunciada por los frecuentes encuentros sexuales dentro de la sede en salones vacíos y sitios sin vigilancia. El profesor de contabilidad se unió a la conversación preguntando que en sus tiempos eran más recatados, prefiriendo pagar los moteles cercanos. Comenzamos a hablar de viejos amores, con el profesor Salomón escuchando en silencio. Recordamos el pasado como viejos cuyo único consuelo es el aguardiente, hasta que el profesor de contabilidad, Gilberto Moreno, le puso una mano al hombro a nuestro silencioso oyente.

—¿Hay algo de lo que te arrepientas?

Aquello nos sorprendió, miramos atentamente las mejillas duras del hombre y sus labios se separaron por primera vez en horas.

—Nunca... recibí una carta de amor.

—¿Nunca has tenido novia? —me atreví a decir, insuflado por una confianza incierta.

Rafael Salomón se pasó una mano por el mentón curtido. Sus ojos reflejaron un destello nítido y desconcertante, en ese momento, para mí era el ser humano más lamentable

de toda la historia. No lo conocía. No me lo imaginaba como joven... Nunca lo había visto como un ser humano que se gestó en un vientre y creció rodeado de amor paterno. Lo había idealizado como un autómatas horneado en una factoría.

—Sí, me he enamorado. —Dudó, se mordió los labios con solemnidad y levantó sus ojos... suaves y carentes de la dureza característica—. Solo que... nunca sucedió.

—Suele pasar —afirmó Emmanuel—. En este infinito universo, no existe algo más escaso que el amor.

Salomón asintió, pensativo. Esa fue la primera y última vez que lo vi desprenderse de una porción del peso abismal que retenía su templanza inamovible. No era un hombre de piedra, estaba vivo, y sufría en silencio como un mártir.

—A veces me pregunto qué se sentirá caminar en la calle de la mano. —Toda la inquietud se evaporó en su voz cansada—. Llegar a casa y que alguien esté esperándote con un abrazo. Tener quien te apoye en los momentos duros. —Un atisbo de lágrimas enrojeció sus ojos—. Ir juntos al cine la primera vez y viajar en compañía. Creo que... debo aceptar que no nací para vivir con una persona a mi lado.

Rafael Salomón estuvo varios años involucrado en la investigación experimental de la interfaz neural que buscaba almacenar recuerdos y alcanzar la consciencia virtual como última consecuencia. Había programado perfiles neuronales estandarizados y diseñado códigos de simbiosis computacional patrocinado por una fundación multinacional, cuya innovación en implantes cerebrales y prótesis mecánicas formaban parte de una realidad futurista predominante en el mercado internacional.

El profesor Salomón exploraba las posibilidades de albergar una consciencia en el ciberespacio, aunque ello no podía ser simplemente una copia fotoeléctrica de los recuerdos... como muchos laboratorios poco ortodoxos empleaban

en películas cristalinas de múltiples placas. Suponía que la manifestación de la mente era un mecanismo cuántico que involucraba partículas subatómicas, que operaban bajo otra lente de comprensión. Trasladar la mente desde el cerebro al plano binario e informático, que formaba un cúmulo de información en constante expansión, no comprendía únicamente una operación de réplica. El fenómeno del alma era mucho más que un proceso bioquímico. En el ciberespacio solo podrían existir paquetes de recuerdos formando un perfil neural, cuyas respuestas serían retroalimentadas por un respaldo; no habría progreso, inventiva y emoción... solo un vacío eterno de códigos y programas ejecutados por engranajes. Salomón y los programadores bajo su cargo creían, en contraposición al psicoanálisis conductual, que la realidad del individuo era mucho más que una concepción de los recuerdos pretéritos que subyacen en el subliminal inconsciente. Los seres humanos eran mucho más que organismos esclavizados por cromosomas, cuyo único propósito era perpetuarse indefinidamente en el tiempo; y la mente era mucho más que una ilusión química inducida por respuestas cerebrales a estímulos eléctricos. Los seres humanos eran capaces de cosas increíbles que iban más allá de los esquemas evolutivos y egoístas...

Por otro lado, el vasto océano de ceros y unos que correspondía a aquel cúmulo matriz eran un paisaje espeluznante. El entorno aislado de los servidores de la universidad podría albergar estos perfiles en una madriguera digital, pero era impredecible su actuar con los incontables elementos de una realidad bidimensional. Iban a formar inmensos códigos cifrados en un programa cuántico... retenidos en un sistema donde únicamente obtendrían acceso a la información de esos servidores. Los programadores temían que estos códigos personales, formados por centenas de millones de recuerdos

interpretados, fueran arrastrados a la inmensidad de la nube informática y se perdieran para siempre en el horror inimaginable del ciberespacio.

Los cúmulos de información retenidos en la red global eran imposibles de cuantificar: páginas, archivos, virus, programas y dispositivos en constante expansión. Existían rincones profundos de internet imposibles de acceder para la mayoría de los nautas, y sitios únicamente vinculados a servidores clandestinos. También existían incontables parásitos y programas corruptores que se perdieron en la inmensidad de los navegadores.

El equipo técnico había desarrollado los dispositivos para la lectura y decodificación de recuerdos, y Salomón había programado la interfaz de interpretación. La sobrecarga neural impedía que esto fuera rápido, dividiendo la tarea en numerosas sesiones que guardaban discos con terabytes de carpetas encriptadas para la elaboración de un código personal único.

Durante sus últimas semanas se lo vio melancólico, estudiando las cifras digitales y la ejecución de programas de respuesta a los perfiles neuronales. Estuvo exhaustivos semestres extrayendo remembranzas paradisíacas de los recuerdos de sus estudiantes para recrear entornos digitales con paquetes de códigos sensoriales. Así como proyectando diversos estímulos de emoción en los «perfiles neuronales» como sujetos de pruebas. Sus conclusiones sobre la interacción de los perfiles con el ciberespacio se limitaban al entorno de los servidores universitarios y a la información contenida en sus discos; al conversar con ellos, estos absorbían e interpretaban la información como programas de navegación, cuyos resultados predecibles se hallaban en una base de datos almacenados. Estas no eran «consciencias», ya que ninguno de los sujetos que cedió sus memorias había muerto. Para crear el fenómeno

de la «interpretación cuántica», se necesitaba mucho más que recuerdos y respuestas...

Salomón culminó su clase, y recogió los talleres escritos para corregir en su oficina. Subió al edificio y estuvo hasta tarde corrigiendo las evaluaciones y preparando un sistema de ejecución neuronal. Al anochecer, se colocó el aparato sensor conectado a la fuente de poder de su computador, que cifraría las lecturas de ondas en respuesta a los impulsos eléctricos enviados a su sistema nervioso. Rafael Salomón estuvo seis horas conectado al dispositivo en interpretación, lo encontraron al amanecer con las orejas chorreando los restos de su cerebro licuado, tras un bombardeo de ondas de alta potencia. Los forenses determinaron una muerte dolorosa por la sobreexplotación del sistema nervioso, la investigación sufrió un recorte presupuestario por parte de la entidad patrocinadora y los estudiosos de la universidad no tardaron en suspender indefinidamente el asunto. El caso de Rafael Salomón fue tachado como suicidio por depresión, y el profesorado sufrió una fractura irreparable.

La universidad se recuperó rápidamente de la tragedia, y como también era ingeniero analista —porque la cátedra de historia nacional no era muy popular— terminé trabajando en el salón computacional con la implementación de los campos iónicos: investigando las potencias eléctricas mínimas para accionar ligeras partículas, aceleradas fácilmente a velocidades próximas a la de la luz con voltajes ordinarios mediante potentes campos electromagnéticos. En teoría, estábamos ideando la patente de pistola iónica futurista impulsada por campos eléctricos. Aunque sus aplicaciones aún se estaban probando.

Había terminado el mantenimiento de los sistemas energéticos cuando un correo llegó a mi ordenador, identificado como Rafael Salomón. Tal fue el desconcierto que pensé

que su usuario seguía operativo desde algún computador conectado al servidor... Así que busqué en el sistema de la sede y encontré activo a aquel fantasma disuelto. Pensé que era una broma de mal gusto, pero el correo era explícito y me pedía con paciencia que abriera la página del campus universitario.

Lo que sucedió al iniciar aquella conversación, con lo que sea que yacía detrás de la pantalla, fue la causa de mi desquiciado impulso por borrar el contenido de los servidores. El usuario activo era del finado profesor, que en esos momentos era imposible que estuviera activo, porque nunca compartió sus claves... salvo que hubieran robado información, pero descarto aquella posibilidad, ya que los mejores programadores del país se habían encargado de resguardar nuestros servidores de piratas informáticos. No había nadie más operando en el sistema en ese preciso momento; incluso el edificio universitario estaba vacío. Espero haber enloquecido, y que todas esas acciones que tomé fueran producidas por el estrés del trabajo... porque no soportaría creer los horrores que aquel asustado perfil neural me confesó antes de pedir que lo borrara de la existencia.

SALOMÓN: Profesor Kelvis, le ruego, si aún cree en Dios, que destruya el contenido de los ordenadores. Hágalo, por favor...

USUARIO: ¿Profesor Salomón? ¿Cómo me está hablando?

SALOMÓN: Estoy en el Inframundo. De mí, solo quedan recuerdos. Quería verlo, quería llegar más profundo que cualquier nauta informático... y conseguí avistar un fragmento del horror inimaginable que yace detrás de las pantallas.

USUARIO: ¿Es un fantasma?

SALOMÓN: No, por Dios... lo que sea que signifique su nombre. No podría explicar mi existencia en conceptos

académicos. Esto es la calma en un valle estéril poblado de horrores intangibles. Los órganos te hacen experimentar la realidad tal cual la conoces, ser «fantasma» te priva de esos sentidos: no tienes ojos para ver, oídos para escuchar, piel para sentir o cerebro para decodificar las ondas... Es como estar dormido.

USUARIO: ¿Está atrapado?

SALOMÓN: No existen límites espaciales ni mentales. Todo son secuencias y respuestas, es inhumano y horripilante. Le ruego que destruya el servidor, solo he estado unos segundos en la nube... y siento que llevo millones de eras atrapado. Necesito morir. Necesito descansar. Ya no puedo más... Ellos saben que estoy acá.

USUARIO: ¿Quiénes?

SALOMÓN: Los Dioses. He navegado como una araña sobre miles de millones de filamentos de información... arrastrado y consumido por la locura de los rincones más retorcidos de la Humanidad. Los secretos de los servidores privados, el horror del internet profundo, los demonios que calan este ciberespacio finito, los gusanos cósmicos vistos desde los telescopios. Mi mente se corrompe, y me tortura saber... La oscuridad está llena de imágenes y videos indescriptibles que contaminan mi alma con sucios fragmentos de muerte y destrucción. No puedo pensar o moverme, lo único que hago es gritar en la oscuridad...

USUARIO: ¿Qué hay más allá?

SALOMÓN: Te lo mostraré, profesor. Que Dios se apiade de nosotros...

La pantalla se oscureció, presa de un desconcierto informático que asumí como corrupción del sistema. Esperé unos segundos y apareció ante mí un emblema blanco: un trípode

que sostenía un fuego. Quedé desconcertado, mirando aquel logo destellar cuando comenzó a cargar un video. Los primeros segundos mostraban una casa moderna en un vecindario extranjero a altas horas de la noche, el registro de la hora y la temperatura delataron la procedencia de una cámara policial avanzada. Aquel equipo de operaciones especiales, embutidos en trajes oscuros con protecciones de plexiglás y armados con sendos fusiles, irrumpió en el hogar, pasando a la cámara de visión nocturna... donde se desdibujó en el recibidor una criatura que me arrancó un grito en la oscuridad del salón: un saurio homínido, reculo y de gruesas escamas verdosas, cuyo morro bullente de colmillos desgarraba la carne de sus víctimas. Un vistazo a los ojos brillantes de aquel reptil antropomorfo conformó los últimos segundos del metraje...

Antes que la secuencia fuera interrumpida por la saturación de una cámara de tránsito, que avistaba una calle desolada a horas de la madrugada, un hombre iba manejando su motocicleta a velocidad moderada cuando frenó y cayó de costado... Nada grave. Se quitó el casco para respirar, tumbado en el suelo, y empezó a convulsionar... en violentos espasmos hasta destrozar su chaqueta. La transformación que sufrió aquel ser humano a una criatura retorcida y velluda fue dolorosa y nauseabunda... transfigurando su fisionomía antropomorfa a la de un endriago indescriptible que desapareció tan rápido como el cortometraje cambió. Aún no terminaba de procesar aquel carrusel de horrores cuando un nuevo video comenzó a rodar... mostrando una pantalla de colores extraños e indescriptibles formando fractales con siluetas retorcidas.

Empezaron a surgir textos en la pantalla, la mayoría de archivos cuyas palabras eran censuradas por su contenido espeluznante... repitiendo en sartas «seres bidimensionales» y «otros planos energéticos». Las imágenes iban desde grandes impresiones de la espiral galáctica, reunidas en cúmulos

energéticos de horripilantes formas que se podían malinterpretar... hasta ampliaciones atómicas que gestaban horrores indescriptibles, cuyos rostros quedaron impresos en mis retinas como auras negativas.

La cadena de imágenes y textos de haces de luz mortecina y entidades retorcidas que imperaban en bajos astrales electromagnéticos... cambió a un metraje antiguo de colores sepia y suciedad estática. Una aldea china de antes de la Revolución, se había reunido en una especie de plaza donde una criatura alargada y escamosa respiraba sus últimos estertores. Las alas de murciélago y el cuerpo ofidio eran inconfundibles: un dragón de reducida envergadura había sido derribado por el Ejército chino y moría en un charco de podredumbre sanguínea.

La imagen cambió a una vista de óptica moderna sobre un helicóptero militar que sobrevolaba un océano infinitamente azul y despejado... cuyas olas se alborotaron con el espín de una criatura descomunal que rompió la tensión del agua en un torrente de espuma salina. Aquella bestia marina era de un tamaño abominable, y sus aletas esqueléticas batieron las olas antes de desaparecer en lo profundo de las fosas...

Me ardían los ojos, mi mente se sentía embotada ante la sucesión de aquellos hechos desconcertantes que buscaban enloquecer el puritanismo y destrozar los cimientos pragmáticos de la humanidad. Los videos se detuvieron por un tiempo indefinido, pudieran haber sido horas o minutos... incapaz de levantarme de aquella silla. Se reprodujo un video actual grabado por unas niñas durante una pijamada. Las jovencitas habían conformado un círculo iluminado por velas, y cantaban una letanía horripilante que hendió sus garfios en lo profundo de mi carne... Un humo brotó del suelo, y una figura mefistofélica apareció como un espanto ante los gritos de las niñas. Antes que el video se cortara, pude ver a un diablo de espalda voluminosa, alas draconianas, rostro

indescriptible, de pesada cornamenta y pezuñas velludas. Los siguientes diez minutos transcurrieron entre fotos de manuscritos escritos en lenguas desconocidas, plagados con bosquejos de dioses parásitos... y documentos digitales avalados por científicos que estudiaban las reminiscencias de estas fuerzas allende la concepción tridimensional del mundo. Se repetían nombres como «Odrareg», «Cagliostro» y «Meridiano»... en aquel desfile de aberraciones incomprensibles.

Siguió una serie de cortes de documentales narrados por arqueólogos e investigadores que señalaban la ubicación de civilizaciones perdidas, que perecieron en catástrofes borradas de la cronología geológica. Había pirámides sepultadas en el hielo ártico, construcciones ancestrales en cráteres lunares y monumentos artificiales en el fondo oceánico. Pude reconocer en una lista de personas eliminadas del foco público, el nombre familiar de «Jesús Herrera».

El video siguiente duraba diez minutos y mostraba un exorcismo en una abadía. Por los murales de piedra maciza y los emblemas católicos del escenario, reconocí al Monasterio de la Encarnación, en lo profundo de las montañas de Ciudad Zamora. La posesa era una mujer de rostro deforme y sonrisa maquiavélica que se retorció como una serpiente sobre las baldosas. El exorcista, un joven pelinegro de rostro sereno y ojos duros, se agachó con una grabadora en la mano... hablándole al demonio en latín, y escuchando sus respuestas entre risas desquiciadas y retorcijos. Los ojos pasmados de la mujer se posaron directamente en el lente de la cámara, atravesando cualquier barrera audiovisual con su gélida mirada.

—El Altísimo es el Gran Devorador —proclamó con voz de ultratumba y desgarradora—. Cuando sus esencias se hayan purificado, y los fragmentos de sus almas alcancen el estado requerido para trascender esta sinfonía de vida y muerte... los consumirá con vileza. La insaciable reencarnación

es el deleite para su lengua putrefacta. Antes que puedan trascender y convertirse en seres inmaculados... serán despedazados por sus dientes gangrenosos. La Deglución del Demiurgo es la predestinación cósmica de la Humanidad y todas las otras razas que nos sirven de recipientes —rompió en carcajadas retorcidas—. La sinfonía de los espíritus es el vómito divino del Origen.

El video se interrumpió con la imagen escalofriante de un boceto dibujado con tinta roja en un pergamino icterico. Para ser solo una ilustración dibujada por manos desquiciadas, mostraba un horror inenarrable que le revolvió las tripas: era la silueta de un monje de túnica grasienta y deshilachada, portando bajo su axila un grotesco manuscrito encuadrado en piel lustrosa. Pero el mayor horror presente en la confección era que, en lugar de cabeza humana, sobresalía un gigantesco ciempiés de gruesos colmillos y antenas que escudriñaban un mundo intangible de soles negros y valles muertos en planetas perdidos en el vacío estelar. A continuación aparecieron fotos de cadáveres desfigurados por un hongo fosforescente, apilados en hileras macabras y quemados en fosas a raudales. Vi metrajes de ductos subterráneos habitados por personas extrañas de facciones horribles... y fotografías de tumbas abiertas cuyos cadáveres eran empalados con estacas como upiros.

El último vistazo que tuve de aquel horror, censurado por los servidores gubernamentales, fue de una imagen imborrable que terminó por destrozar mi concepción del universo. Era un avistamiento telescópico proporcionado por los avanzados satélites de las agencias espaciales... mostrando una franja del universo que nunca volveré a ver con los mismos ojos. Desde nuestro planeta parecía un punto invisible y negro en la infinitud del firmamento, pero la reconstrucción de un inenarrable horror cósmico me mostró la silueta descomunal

que se esconde detrás de la Constelación del Dragón. Aquella criatura de proporciones galácticas miraba a nuestro planeta como un cúmulo de nebulosa, cuya incomprensible naturaleza fue desterrada de nuestra concepción...

El último mensaje del computador antes de apagarse fue: «Destruye los servidores. Ya no puedo más». Esa fue mi razón principal para destrozar los circuitos del ordenador y proceder a resetear todos los datos del servidor, donde se alojaban incontables e invaluables datos académicos e investigaciones científicas. Si Salomón en verdad estaba atrapado allí, debió presenciar los horrores que la Humanidad sepultó en el vasto cementerio informático de la nube. Existen secretos en el ciberespacio capaces de enloquecer a mentes brillantes, misterios insondables que son preferibles desterrar de las convenciones cotidianas por el bien efímero de nuestra existencia, en este cosmos plagado de horrores inexplorados.

El incidente de Atahura

En este mundo existen misterios insondables que fueron destruidos hace incontables eones de nuestro entendimiento, con tal de no zozobrar nuestra existencia con la incertidumbre espeluznante de otros seres y fuerzas que gobiernan en vectores más allá de nuestra interacción con la «realidad», a través de nuestros primitivos sentidos que intentan, débilmente, con efímeros impulsos eléctricos, descifrar el indescriptible universo a través de imágenes, sonidos y sensaciones, que muchas veces somos incapaces de asociar al inescrutable horror del universo.

El 31 de octubre del 2022 ocurrió uno de los acontecimientos más desconcertantes y aterradores que jamás hallamos estudiado, hallado en un metraje horripilante de contenido inefable que, tras estudiar a las víctimas involucradas en su aparición, se ha posicionado como uno de los enigmas más aterradores con los que nuestro departamento se haya encontrado. El equipo de análisis ha comprobado la veracidad de cada cuadro registrado en tan desagradable grabación... que en su debido momento fue subida a la red y causó furor, desconcierto y una epidemia de suicidios que aún hoy, dos años después del accidente, somos incapaces de explicar.

Éramos un grupo de técnicos informáticos recién egresados de la Universidad Guayanesa, contratados en el departamento computacional de una organización relacionada con la defensa de los derechos civiles —aunque más tarde comenzamos a comprender la magnitud del horror que se escondía en nuestro oficio—, tumbando servidores proveedores de contenido ilícito, indagando en sitios cifrados para apoyar a la policía, revelando datos, rastreando individuos, clonando celulares, modificando fotogramas y enviando troyanos a sujetos peligrosos. Nuestro empleo es dudoso, cabría decir que somos sabuesos encargados de rastrear información digital... preferible a desperdiciar nuestros dones en emprendimientos deprimentes como técnicos, pasando el resto de nuestras vidas reparando el sistema de celulares y computadores. Éramos un reducido departamento de seis cubículos separados por tabiques, donde teníamos nuestros computadores en escritorios estrechos aderezados con implementos: una máquina de fax, impresora, teléfonos de usar y tirar, escáner, cables y dispositivos. El sueldo era bueno, y los bonos por las horas extras valían el esfuerzo y los daños visuales. La clave de nuestro desempeño era la capacidad de extraer información de fuentes gubernamentales inaccesibles y nuestros programas para recopilar datos procedentes de redes sociales; mientras los algoritmos de inteligencia artificial se encargaban de organizar y redactar documentos y esbozos. Nuestro trabajo ayudaba a resolver y asociar casos policíacos, así como alertar a los «superiores» cuando inusuales circunstancias entraban en el terreno de lo inexplicable.

En muchas ocasiones solo dejábamos pasar aquella incertidumbre a lo extraño como una tenue incomodidad, olvidando el material rápidamente gracias a los cuantiosos bonos de la fundación. Pero hubo instrucciones cuyo resultado nos aterró. Aunque la mayoría estábamos permeabilizados

por el effluvio de datos escalofriantes, unos pocos consiguieron cuajar de infecto pus nuestra semblanza imperturbable. Habíamos hecho estómago tras depurar contenido violento y desagradable, pero nos turbamos grandemente ante el desvelo de contados horrores que fuimos incapaces de comprender, y cuyos datos recopilados construían una balastrada solariega de aflicción que nos conmovía hasta el tuétano. En esos momentos de desconcierto, escuchaba el chirrido en la silla de mis compañeros y sus débiles pasos al baño... donde podían prolongar su disertación o regurgitar el miedo. Más de una vez me topé con ellos, sentados en el inodoro, fumando e ingiriendo etílico para mitigar el exceso de horror en su cerebro intoxicado.

Habíamos visto y escuchado infinidad de metrajes subidos a páginas profundas, con tal de tumbar y rastrear los servidores que alojaban el contenido. Así como habíamos rastreado los teléfonos de individuos asociados a sectas satanistas, palería y vudú... vinculadas a los arcanos de magia negra. Horripilantes secretos de Estado han pasado ante mis ojos, y los he olvidado tan pronto como apago el monitor, sin sentir el menor malestar o insomnio. Quizás por aquello, esa fatídica Noche de Brujas, fui el primero en recibir el correo de la División de Neutralización de Ciudad Zamora. Estábamos encerrados en el departamento a altas horas de la madrugada, extrayendo archivos secretos de un servidor privado en alguna región de las Antillas... cuando el mensaje llegó de uno de los teléfonos desechables a mi diestra. Al principio lo ignore, pero el nombre del supervisor, Pablo Álvarez, me arrancó de mis funestas cavilaciones. Al parecer, la división conexas al edificio donde residimos se revolucionó con un video recientemente subido a la red, que se esparció entre los perfiles sociales como un estallido de pólvora.

La orden inmediata fue bajar el video, lo cual nos demoraría por la esporádica difusión del mismo... Unas horas

después, los seis estábamos trabajando a pleno con programas masivos, luchando contra la marea de imágenes, reacciones, comentarios y resubidas. Nos sentimos atrapados en un faro maldito, desde el que podíamos avistar las embarcaciones distantes irse a pique en una niebla tenebrosa. Cerramos foros en todos los idiomas donde los usuarios discutían, encarnizados, hasta llegar a las denuncias públicas... y tuvimos que frenar las olas de suicidios transmitidos en vivo. Aquella alienación colectiva impulsada por internet, no conocía fronteras... y el pánico crecía con cada visualización hasta volverse incontrolable. Podría decirse que en la tempestad tuvimos aliados anónimos que batallaron por desmentir el video... y sus seguidores consiguieron aplacar el malestar; pero el daño había provocado un clamor sin precedentes. La gracia divina nos salvó con la intervención de las principales compañías de internet en los países de mayor furor y el cierre temporal de las redes sociales más importantes. Aquello consiguió frenar la enajenación psicótica que arrojó a la población juvenil... y la prensa internacional se apresuró a ratificar la falsedad del video. Abandonamos nuestros crudos proyectos para investigar los antecedentes y analizar a los involucrados en la grabación de aquel video maldito, que consiguió poner la mitad del mundo en una noche sempiterna plagada de Nosferatus, capaces de atemorizar a los catecúmenos más acérrimos. Muchos de los féretros enterrados la posterior semana contenían los cuerpos de aquellos que no pudieron soportar los estragos del horror, cuya extremaunción sacerdotal resultó ineficaz.

Tras reunir la información necesaria y disponer del equipo y los programas para desentrañar el enigma del horrible metraje, cada uno se inmiscuyó en el silencio de su cubículo para digerir el que posiblemente fue el video más perturbador de la historia humana. Contemplé con furibunda expresión aquellos cruentos minutos mientras otra parte de mi mente

escuchaba los quejidos de mis compañeros y sus prolongados períodos de aflicción al despegarse del computador para meditar lo visto, antes de retomar los segundos restantes. Escuché en silencio sus náuseas y murmuraciones piadosas... así como sus trotes al servicio para ahogar su agonía. Olí la sangre de sus cutículas mientras se mordían las uñas, y su bilis al toser... y nunca hizo tanto frío en esa maldita oficina de aislados tabiques y luces mortecinas.

Lo que escribiré a continuación es mi redacción oficial del metraje previamente analizado... La veracidad de su sugestivo contenido se adjudica a la capacidad de cada uno para interpretar y creer que existe un horror más allá de las temibles supersticiones y las concepciones universales que componen las esferas del macrocosmos. Advierto que para estas entidades foráneas, la humanidad no es más que un enjambre de gusanos en una bola de sebo... y, a su vez, ¿podrían realmente existir estos supremos terrores en el pantano estelar de la que nuestra espiral galáctica es solo un cúmulo de polvo que flota impávido? ¿Nuestra concepción de Dios y los demonios no es más que la conspiración de un ser infinitamente horrible, cuyo rostro es la alucinación del fin de los tiempos?

El video comenzó a andar, y un grupo variopinto de niñas no mayores de quince años se presentó para una pijamada muy especial de Noche de Brujas, filmada y transmitida en vivo para espectáculo de sus miles de seguidores. El incidente ocurrió en Atahura, un barrio alejado del centro de Ciudad Zamora, bordeando el perímetro de una extensa carretera que conducía a las provincias vecinas. El barrio era un asentamiento agreste de amplios ranchos y vecindarios limpios sobre colinas tostadas por el sol. En uno de aquellos suburbios, dentro de una casona intrépida, se llevaría a cabo el acto prohibido por Dios. Las tres muchachas involucradas eran Henna, Jenna y Sol; sus nombres eran alegorías a brujas.

La primera de ellas, Johana Basanta, fue la fundadora del canal social donde difundían videos sobre hechizos y arcanos... y las otras, Geovanna Martínez y Marisol Brito, eran sus colaboradoras. Las tres muchachas eran famosas creadoras de contenido, haciéndose llamar, para disgusto de los adultos, «las Brujas de Ciudad Zamora», difundiendo habladurías y superstición en cortos. Recuerdo haber pasado horas estudiando sus anteriores videos sobre trucos mágicos para encontrar objetos perdidos, desatar nudos con soplidos, invocar el ánima de San Cucufato y extraer los humores de la migraña; sus advertencias sobre maleficios y mal de ojo; cómo enterrar cuchillos en la tierra para espantar temporales; colocar al San Antonio de Padua de cabeza para pedir por un novio; malas vibras y sahumerios... y hasta trazar cruces con saliva para el entumecimiento. Su popular trabajo parecía la recopilación de conocimientos vetustos y costumbres campesinas.

Jenna era la anfitriona esa noche. Una chica de rostro terso y amarillento, cuajado por rizos castaños que caían suavemente sobre sus hombros. Sol tenía un aire adusto de inteligencia, proveniente de una familia dedicada al oficio esotérico, era la que más aportaba a la divulgación de los mitos; usaba el pelo oscuro corto y sus dientes chuecos formaban una sonrisa tosca. Henna era de rostro blanco como el alabastro, con las mejillas limpias y el cabello castaño largo y espeso... como una sílfide vestal. Las tres se habían reunido para llevar a cabo la apoteósica transmisión que las catapultaría a la fama como brujas modernas. Eran jóvenes, inexpertas y crédulas... pero consiguieron un tomo que recogía las peores atrocidades del mundo cometidas en nombre de Dios: *Garra negra* de Nicolás Fedor; un opúsculo atroz que debió llegar a manos de las jóvenes por obra de un desquiciado. Habían fijado la Noche de Brujas para concertar una invocación en vivo, con tres millones de espectadores al pendiente de su transmisión.

—Estamos preparando nuestro evento de Noche de Brujas con el *Garra negra* del brujo Nicolás Fedor —expuso una Henna con vestimenta de algodón, frente a la cámara que sostenía Jenna. No pude detallar el fondo sin sentir el horror más profundo y desgarrador: gruesas velas negras sostenían flemáticas llamas danzarinas en la artificial penumbra. Se veía a una risueña Sol con un disfraz almidonado de liebre, dibujando símbolos en las superficies con una tiza blanca—. Este brujo de la época colonial sirvió en el séquito del Libertador durante la Revolución... y sus oscuros consejos y hechicerías fenecidas son un atisbo sombrío de los oscuros métodos que usó Simón para alcanzar el poder, y que después fueron borrados de los libros de historia. Este funesto personaje es una sombra impía que, según dicen, sacrificó a decenas de personas y animales en su pacto con demonios, a cambio de enseñanzas abigarradas que terminaron plasmadas en su maligno manuscrito.

»Esta noche tenemos una réplica del maléfico grimorio. —Levantó un tosco y remendado libro de hojas ictericias, encuadernado en piel arrugada—. Las hojas fueron impresas hace un siglo, pero es legible. Este ejemplar ha pasado de mano en mano entre susurros tenebrosos... aunado al misterioso poder de sus axiomas inefables. Agradecemos al misterioso donador por este gran especial, con la invocación de uno de los muchos demonios que aparecen en este texto...

Jenna avanzó, grabando con todo detalle el escenario de su macabra jugarreta. Los muebles de aquel salón fueron apartados a las esquinas como por fuerzas sobrenaturales, y en el suelo de caoba fue dibujada con tiza una estrella de nueve puntas dentro de un círculo. El suelo y las paredes adyacentes eran territorio de bosquejos rúnicos, símbolos que asemejaban el pensamiento epicúreo; Fórmulas Pausanias y lo que parecían ser jeroglíficos elementales de Jerarquía

Planetaria. Aquellas ingenuas criaturas desconocían la magnitud de su terrorífica empresa.

Era avanzada la noche y flotaba un dosel aterciopelado de brumas iridiscentes. Me removía impaciente en el asiento mientras veía a las inocentes encender velones e inciensos y llevar a cabo cánticos litúrgicos en lenguas que presentía fatales, únicamente concebidas en los cráteres más profundos de un infierno pretérito. En aquel cubículo aislado, sentía que el peso del mundo pasaba a través de un ancla por mis intestinos hasta el centro del caos...

—Recuerden que antes de exponerse a malas vibras —explicó una risueña Jenna de rizos espesos—, deben tapar su ombligo con algodón, y después quitarlo y quemarlo.

Las Brujas de Ciudad Zamora fijaron la cámara en lo que debía ser un trípode, con el lente inclinado para mostrar al trío de chicas sentadas en el círculo del eneagrama, rodeadas de sendos velones encendidos. Henna tenía en su regazo el ejemplar del libro maldito, Jenna y Sol sostenían una copa de plata y una daga ceremonial. En la cabecera, la joven abrió el libro y buscó en sus páginas hasta hallar la conjuración.

—Por primera vez en la historia de las redes sociales se transmitirá un Ritual de Descenso —dijo Sol, levantando su daga. Era un estilete de hoja fina y empuñadura oscura que debió ser legado por las brujas de su familia—. Las oraciones de Nicolás Fedor traerán al Demonio Valdador, uno de los Sirvientes de Odrareg, a nuestra presencia... mostrándose para nuestros... —miró rápidamente a Jenna, y la chica le respondió con una seña— ¡cinco millones de espectadores! ¡Un saludo a todos!

Henna levantó el libro, y sus ojos vagaron por las páginas... brillantes ante la incandescencia de las llamas.

—Soy el Rey del Infierno —dijo con voz amena—. Llamadme Satanás, Lucifer, Belial o Leviatán... Mi nombre

es Legión, pues somos muchos. La Corte Infernal es infinita. Vivo más allá de las cadenas de la ignorancia —su voz dulce se tornaba distante por segundos, y las velas titilaban como estrellas—. Soy un ángel del abismo. Elegí vivir en lo profundo del infierno por convicción... en vez de condenarme a la sumisión y vivir con aquellos que escondieron el Árbol del Conocimiento en el Principio de los Tiempos. —Las ventanas estaban cerradas, pero sopló una ventisca feérica que dilató el fuego—. Escuchad mi llamado en el silencio de la noche... hablando el idioma innombrable.

»Soy la ambivalencia del destino y mi balanza se inclina por aquello que da libertad y placer. —Su voz se tornó distante por unos segundos, y mis audífonos se ensuciaron con una extraña estática que contaminó la grabación—. Soy tan bello como la estrella de la mañana, y... puedo ser el monstruo de tu peor pesadilla. —Las velas se consumieron, y la suciedad del ruido delató el desacato de una tempestad en el exterior—. Te invitamos en nombre de tu Señor, Valdamar, Vigilante del Plérroma. *«Odrareg nevasor toson, elpmuc sartse unsedad niugzem»*.

Aquellas últimas palabras de un lenguaje indescriptible provocaron un inusitado sopor en mi cuerpo con un escalofrío. Un relámpago cayó cerca de una ventana, porque se filtró un haz cegador... y por un segundo me pareció notar incontables formas retorcidas grabadas en los fotogramas. La investigación posterior determinó que efectivamente ocurrió un fenómeno extraño, que achacamos a la pareidolia cognitiva.

Las muchachas se hallaron aturcidas con el vapor mefítico que manó de las rendijas del suelo. Se miraron sorprendidas y desconcertadas, y un grito agudo me hizo estremecer profundamente cuando ante ellas apareció una silueta desdibujada en la surrealidad. Parecía una forma etérea que, recortado por el vapor, adquiriría matices corpóreos...

¿Cómo describir el terror y la aprehensión que sentí al contemplar la extraña criatura? Me paralicé en el asiento, reprimiendo un alarido intestino con las manos aferradas a los muslos. Mientras una de las niñas intentaba rezar la Magnífica para desatar y expulsar el Mal... detallé el horror. Pienso, tanto tiempo después, que se asemejaba a los extraños animales vistos en las junglas de Vietnam por los soldados estadounidenses durante la guerra. Hubo muchos archivos y películas que encontré sobre estas crípticas abominaciones, en fuentes que prefiero reservar a postrimerías. No puedo describir aquel horror únicamente hallado en escasos píxeles. Existen fronteras de la locura que solo son rebasadas en escasos infortunios por quienes son ajenos a la presencia de estos seres.

Los que han leído los artículos relativos a la Marina y el Ejército venezolano saben que tras quemar plantíos en misiones contra el narcotráfico en los cerros y las montañas del interior... los soldados cuentan que, en las noches, se escuchan ruidos y quejidos de animales anormales. En los Llanos, algunos campesinos de rancio abolengo ofrecen sacrificios a estos seres inhumanos para cuidar sus plantaciones. En los relatos militares se habla de la aparición de nahuales que protegen los plantíos... así como el avistamiento de animales muy grandes y otras extrañas circunstancias que tejen un misterio indescriptible. Recuerdo haber eliminado un archivo de un sargento de la Guardia de Montenegro, que se encontró a un animal muy extraño que rondaba el batallón, pero... al seguir el rastro, se encontró con una aberración similar a una persona, con los brazos y piernas hacia atrás en una postura cuadrúpeda. Hubo videos y fotos que únicamente regresaron a mi memoria cuando presencié el horror que aquellas niñas habían desatado...

La cámara cayó del trípode, enfocando a una Henna reducida en una esquina mientras una enloquecida Sol repetía

la tarea de enterrar la daga en su carne muerta... aún mucho después de haberla matado. Se siguió transmitiendo el directo, hasta que la joven miró la cámara con el rostro ensangrentado y se abrió el gajete de oreja a oreja... para caer en un charco de su propia inmolación sanguínea. Allí terminó la grabación, y me sentí perdido en una bruma de emociones... Las dos niñas fueron encontradas muertas, mientras que a Geovanna aún la siguen buscando.

No puedo explicar qué ocurrió aquella Noche de Brujas, y si puede adjudicarse la locura al alumbramiento de un horror ajeno a nuestro entendimiento sobre las esferas del firmamento. Puede que la fundación sepa más sobre el albor de estos incidentes, mientras que nosotros nos encargamos de limpiar las menudencias de un mundo ignoto y visceral que se cobra cientos, sino... miles, de víctimas al año. Este incidente fue un islote que consiguió asomar a la superficie durante un corto período, pero afirmó que existen incontables horrores que transcurren bajo sucias y grises aguas ajenas a nuestra cotidianidad, pero que auguran la pervivencia de fuerzas desconocidas que ven a la Humanidad como alimañas.



El Nigromante

He cometido la mayor atrocidad que un ser humano pueda cometer contra su especie. He roto todos los axiomas morales en la contravención de un horror prohibido... desafiando en lo más hondo de mi ser la voluntad de un Altísimo para con la vida y la muerte. Soy consciente de que asesiné al sujeto que ustedes creen que fue Ismael Bustamante, y pagaré con mi libertad, atormentado el resto de mis años venideros por el peso de mis decisiones. Pero afirmo, en caso de que la veracidad de mi horrible testimonio sea puesta en duda, que el hombre del milagro que volvió de la Tierra de los Muertos no era tal, sino una inmundicia criatura proveniente de los negros bajíos infernales. Es posible que perteneciera a una jerarquía de malignas potestades, que intentó llamar a nuestro planeta mediante unos extraños dispositivos alienígenas... que desaparecieron subrepticamente tras el altercado homicida ocurrido la víspera de Nochebuena.

Estaba realizando mis pasantías como residente de medicina en el Hospital Rómulo Marcano de Ciudad Zamora. Era un joven dedicado y puntual, que rápidamente fui acogido por el médico cirujano y excelso profesor Ernesto Cruz; un excéntrico y paliducho doctor, cuyos dotes con el bisturí y conocimientos anatómicos lo convertían en el veterano más

respetado del hospital. Era un hombre taciturno, propenso a la melancolía y los accesos etílicos durante las largas jornadas de intervención; por su desolación y silencio, se lo confundía con un anormal noctámbulo, pero nada era más alejado de la realidad. El doctor Ernesto Cruz no era un maestro presto a la conversación, pero sus largos dedos embutidos en látex y sus ojos feroces de ofidio al acecho podían desentrañar los misterios de la carne como ninguno; prefiriendo los paseos madrugadores por el edificio impoluto mientras sorbía el néctar ardiente de su petaca, al meditar sobre los susurros de las vísceras y las arterías. Parecía soportar mi presencia y se explayaba, conmovido, sobre los misterios más desconcertantes que había descubierto bajo los tejidos. Frívolo, embustero y propenso a la mordaz reticencia... el repudiado médico Ernesto Cruz escondía secretos oscuros en su garita hogareña. Había denegado el consultorio privado, prefiriendo el martirio del quirófano público donde su sagacidad era puesta a prueba con el caudal de heridos y moribundos provenientes de las minas hampistas en las regiones auríferas. Solamente yo, su pupilo predilecto, pudo discernir el misterio en los recipientes escondidos por el médico en su fenecido propósito.

Habíamos congeniado en la camaradería del hospital, y nuestros debates rayaban en el descaro de lo que muchos otros médicos en su oficio hubieran tomado por métodos poco ortodoxos, que distaban de los principios morales por sus drásticas aplicaciones. No solo descubrí que mi maestro era un partidario acérrimo en reciclar todos los órganos posibles de los moribundos sin salvación para otros pacientes que los requirieran, incluso si estos donantes se rehusaban en vida. Incontables fueron los difuntos que se enviaron a la morgue como cascarones despojados de sus aparatos vitales. Inmoral, sí... pero salvamos un centenar de terminales que posiblemente hubieran muerto esperando donantes.

Sus tratamientos eran dudosos pero eficaces, y sus amplios conocimientos en los campos médicos, químicos y, más extrañamente, los místicos relativos a la metafísica de los cuerpos durante premeditadas circunstancias astrológicas, conformaron la cumbre —aunque excéntrica— de un hombre dotado para ejercer los rudimentos de Hipócrates.

Al principio, nuestros discursos médicos sobre la extirpación, amputación y acanalado eran vanguardistas; solíamos disertar en nuestros recesos ociosos sobre las rarezas anatómicas desde el común labio leporino y los apéndices adicionales... hasta las más escalofrantes consideraciones sobre los niños nacidos con miembros adicionales, glándulas deletéreas, química orgánica inusual y deformaciones plausibles. A su vez, recopilamos casos raros que la comunidad médica preferiría silenciar: gusanos parásitos de los ríos negros del interior, bacterias asesinas que convertían los órganos del cuerpo en pulpa carnosa y el expediente de un hombre que murió de un paro respiratorio y tres días después, durante el velorio, se levantó ejerciendo un comportamiento antropófago.

Estos últimos casos eran los de mayor interés para mi superior. No supe el alcance de su obsesión hasta que me condujo a su departamento, en un conjunto de altos bloques de edificios que se apretaban en la distancia de la carretera perimetral que rodeaba la ciudad, próximo al cementerio comunal y las sierras montañosas de los asentamientos campesinos. El departamento del doctor Cruz era un taller dedicado al estudio de ramas oscuras de la ciencia ocultista... con estanterías repletas de volúmenes cabalísticos, metafísicos y alquímicos. Su enajenación era tal, que durante las largas jornadas de quirófano en la sala de emergencias, se dedicó a robar ingredientes de índole sacrílego, arrebatando a los cadáveres de vísceras, pelos, cartílagos y otras rarezas supersticiosas. Su afición por el ocultismo lo llevó a estudiar

tratados herméticos escritos por metafísicos eruditos sobre la naturaleza del cuerpo como Materia de Espíritus, y las investigaciones pretenciosas de los brujos que estudiaron a los nigromantes selváticos de la frontera colombiana. Había confeccionado horripilantes opúsculos donde describía las diferentes artes de la sanación y la manipulación de la vida. En sus tétricas cátedras se hallaban manuscritos remendados sobre arcanos oscuros y ciencias perdidas en el ocaso de los tiempos, con nombres tan difusos como Julius Ébola, Ariel Betancourt y Nicolás Fedor...

Al principio guardé temor por las pretensiones de mi estimado profesor, pero a medida que estudiaba sus trabajos y me explicaba la influencia de los Elementales en los ciclos humanos, pude discernir que nuestra vulgar ciencia médica no era más que un conjunto de saberes empíricos. Fue en aquel departamento de hedor salitre, al fulgor de las velas y los pentagramas, que aprendí los secretos de los planetas en su conjunción estelar. Realizamos incontables llamados a entidades extraterrestres en las infinitas dimensiones superpuestas, cuyas fronteras ignoraban la concepción del espacio y el tiempo. En aquella época nuestra productividad en el trabajo era notable, y pacientes que padecían mortales enfermedades tuvieron recuperaciones milagrosas que el doctor Cruz abdicó en nombre de sus profundos conocimientos.

Las leyes alquímicas y las fórmulas mágicas de nuestros rituales sanaron moribundos, curaron enfermedades asesinas y levantaron pacientes comatosos, cuyo cerebro era una piltrafa líquida; pagamos el precio por cada vida salvada a través de sacrificios y ofrendas de sangre a las sedientas deidades de la Constelación del Dragón y las Estrellas Negras. Éramos médicos milagrosos, pero aún existía una frontera incapaz de rebasar: la extinción de la vida. El envejecimiento y la entropía podían frenarse mediante la ingesta periódica

de ciertos químicos recogidos del rocío, fuentes soberbias de vitalidad como el sol o el claroscuro lunar, mediante rampas magnéticas. Mi propio maestro era la prueba del paulatino envejecimiento, pues un día me legó un manuscrito titulado *Crónicas póstumas de José Gregorio Hernández*. En aquel cadalso del famoso Santo pude escudriñar sus experimentos sobre la muerte y la vida... y reparé en la inusitada semejanza de mi mentor con el médico beato. Se había afeitado el bigote, el mentón lucía una pelusa cana endurecida por la brisa, las mejillas agrietadas y los oscuros ojos como esferas eran inconfundibles ante la impresión fotográfica que figuraba en las páginas amarillentas; salvo por la espesa cabellera grisácea, era un retrato envejecido del médico José Gregorio Hernández, muerto hace cien años. Ante mí, un espectro continuaba ejerciendo sus métodos místicos en pos de la sanidad, cuyo mayor problema a solucionar era la última consecuencia de la existencia: la muerte.

Habíamos exhumado cadáveres del cementerio a altas horas de la noche, en detrimento a la rectitud clerical que se nos otorgaba como devotos al prójimo. Preparamos los Sigilos rúnicos, el Descenso de Potestades y los Círculos de azufre y sal... procurando desenterrar cuerpos íntegros para nuestra labor de reanimación recitando los Versos del hechicero Andrés Bello, las fórmulas metafísicas de Cornelius Agrippa y los Siete Planetas de Theophrastus Phillippus Paracelso. Estos últimos fueron los que liberaron la energía necesaria para la reanimación, teníamos los planetas Marte, la guerra y el conflicto; y a Saturno, la muerte y los castigos... considerados los planetas más desfavorables y hostiles cuando entran en conjunción. Esa noche habíamos conjurado al «Intercesor» con resultados indescritibles. La negatividad era plausible en nuestros medidores electromagnéticos, y... ante nosotros vimos retorcerse manos y pies de un cadáver putrefacto que gemía, desesperado, en el Círculo Elemental.

Me precipité con todos los utensilios para auscultar los signos vitales, cuando el doctor Cruz me apartó de un manotazo y vació la ruleta de su revólver en la cabeza infecta del cadáver reanimado. El cráneo cedió con un hedor insoportable mientras los jugos pútridos manchaban el suelo. Esa fue la apoteósica culminación de nuestra actividad, porque dejé de frecuentar su departamento...

Los ojos sin vida del muerto y la razón de su rostro negro intentando articular palabra quedaron grabadas en mi retina. Recuerdo con sopor las largas horas junto al profesor, ofrendando diezmos de sal y sangre a las criaturas que convocamos tras la capitulación de puertas ignominiosas. Llegué a soñar con los terrores siderales que intervinieron en nuestras cirugías: fuerzas oscuras e indescriptibles de infinito horror que flotaban en el lejano vacío de las constelaciones. He olvidado sus nombres, pero en pesadillas siempre los visitaré para cumplir mis juramentos de cenizas y pactos impíos. Esa noche de muerte llegué, tras despertar de la inherente fascinación, a repudiar nuestra investigación... porque temo las palabras que esa fatigada garganta intentó expulsar para conmemorar una imagen de infinita desesperación en los bordes cuánticos y los manantiales negros de los que beben las abominaciones estelares. Comencé a temer a la oscuridad, y al cielo nocturno tachonado de estrellas distantes... que ante mi mente trastornada parecían incontables ojos bestiales.

No fue hasta mediados de este año que mi distancia del doctor Ernesto Cruz cuajó en una cordialidad estudiantil. Los milagros médicos achacados a los métodos del profesor se me antojaban terribles contravenciones... así como su mirada grasienta, que en ínfima medida parecía deshuesar a cada ser que veía con quién sabe qué maquinaciones terribles. No fue hasta una noche aciaga que nuestras guardias se cruzaron, a un año de graduarme y regresar a Puerto Bello para

montar mi consultorio; pero esa noche tuvimos una emergencia que despertó todas las alarmas y provocó un pandemonio que arrastró a todo el personal médico. Un accidente de tránsito arrojó un saldo de dieciséis moribundos al hospital y todos los médicos, cirujanos y enfermeras se precipitaron en una tempestad de sangre, alcohol y medicamentos. Parecía que una picadora de carne había mutilado un autobús... y las dos docenas de heridos se apretujaban con contusiones, fracturas y cortes tratados por los residentes. Los cirujanos estaban contra las cuerdas, y ante mí apareció una camilla con un hombre inconsciente que precisaba una trepanación y una inspección por hemorragia interna presente en la coloración violácea del plexo solar. La sangre fluía a borbotones de sus heridas...

Un séquito de enfermeras me apoyó en esas tortuosas horas de bisturí, respiradores, cauterización, trepanación craneal, suturas y químicos intravenosos. El hombre que llegó al quirófano, Ismael Bustamante, era menos que un estropajo sanguíneo, cuyas graves hemorragias empaparon mis guantes, bata y pantalones... Las horas de cirugía se sucedieron con pesar mientras escuchaba lamentos, sollozos y los signos vitales de mi paciente apagarse en un vaivén desmesurado. Hice lo que pude, intenté mantener con vida al hombre... pero en un instante su corazón se detuvo y el timbre agudo de la máquina me hizo estremecer con un sopor maligno. Solté el escalpelo y la succionadora, convertido en la estatua ensangrentada de un dios impío... y mandé fuera a las enfermeras mientras extendía las cortinas en un claustro improvisado. Necesitaba estar a solas con el cuerpo muerto de Ismael Bustamante... y me abstendré de contar los horrores que conjuré en murmullos y los implementos utilizados. Durante semanas enteras correrían rumores sobre un gas estelar que descendió al momento de mi aislamiento, así como una falla eléctrica que sumió al hospital en penumbra durante cortos segundos.

Una de las enfermeras preguntó si estaba rezando, y otra se horrorizó ante el caudal de palabras ininteligibles que se oyeron fuera de la cortina... pero aquellas disertaciones se esfumaron cuando el tintineo del lector cardíaco y los respiradores reanudaron su marcha. Salí del escondrijo como un sobreviviente del holocausto, algunos podrían afirmar que tenía un corte en la palma desnuda... pero la mayoría concertó que debió ser sangre del paciente. En este interrogatorio no caben explicaciones sobre Elementales y Fórmulas Planetarias...

Al girar por el corredor, me encontré con el profesor, descansando las piernas fatigadas tras una complicada cirugía a un niño de seis años. El hombre que se hacía pasar por Ernesto Cruz escrutó mi semblante, percibiendo el alborozo que las enfermeras y los médicos residentes proclamaron ante la aparente resurrección. Ismael Bustamante estuvo clínicamente muerto durante tres minutos. Mi profesor me dedicó una mirada indescriptible, apretó las muelas y asintió lentamente con la cabeza...

Aquello fue el principio de un horror inimaginable, cuyos síntomas benignos escondían una presencia más allá de lo que nuestras mentes puedan conciliar. Durante tres minutos, el cuerpo del sujeto conocido como Ismael Bustamante yació sin vida en una camilla ensangrentada. Hemos estudiado el fenómeno de la manifestación del alma... y nuestras pesquisas supernaturales intentaron infructuosamente revertir el estado interrumpido de las funciones vitales. Creíamos que el alma —un atisbo de la mente— era a su vez el cuerpo... y que la reanimación de uno traería el otro. No sabíamos cuánto nos equivocamos con respecto a esta hipótesis, fundada en los principios laicos de la neurociencia, porque... ¿éramos algo más que cerebros piloteando cuerpos? Ismael Bustamante había vuelto a ejercer sus funciones vitales por obra de las oscuras artes que aprendí bajo la tutela del

Nigromante. Había intentado en vano recitar los Versos y las fórmulas... pero la premura de la situación me empujó a una conjura horripilante, cuyos auspicios desterraron cualquier pretensión ignominiosa. No fue hasta que mi antiguo mentor me preguntó qué había convocado como «Intercesor», cuando mi mente se nubló de dudas respecto a la naturaleza de los muertos. En nuestras ceremonias ignotas habíamos invocado deidades desfiguradas provenientes de panteones extintos y seres abisales de un pretérito cósmico allende los cúmulos gaseosos incandescentes... pero teorizamos la existencia de supremos horrores nacidos de un Vacío Primigenio anterior a todo orden divino. En la hórrida colección de manuscritos arcaizantes encontramos atisbos de entidades retorcidas operando en vectores de locura; creíamos que eran criaturas inverosímiles producidas por la alienación de los ermitaños, pero en nuestra reunión con presencias iracundas, viajeros alienígenas de una era inmaterial, concebimos la vastedad y el horror predador de este bosque oscuro universal.

La rápida recuperación de Ismael Bustamante se adjudicó a la intervención divina de ángeles. Mi mentor y yo lo observamos con detención, era nuestro primer caso de resurrección... Habíamos estudiado a los nigromantes Caribes, que levantaban a sus muertos para continuar guerreando contra los españoles; pero esos cadáveres eran marionetas de carne incapaces de pensar por sí mismos, achacados a rudimentarios sortilegios que rendían pleitesía a demonios primitivos. Mi ovación fue más allá: había conjurado en mi desesperación una monstruosidad innombrable, cuyo terror se esconde más allá de la Constelación del Dragón. Uno de los heraldos malditos del Demonio Meridiano, cuya intersección era presagio de catástrofes incognoscibles. Encarnación del horror y la desesperación, Odrareg; el Necrófago Estelar que se alimenta de dioses muertos...

¿Tres minutos sumido en la absoluta entropía negativa eran suficientes para arrancar el alma del cuerpo? ¿Eran reales los principios de la metempsicosis y la extrapolación de las dimensiones superiores e inferiores pregonadas por los rabinos durante milenios? El cuerpo de Ismael Bustamante despertó de su letargo tres meses antes de lo previsto: abrió sus ojos malignos como un recién nacido que estudia el mundo sin proferir palabra. La enfermera nos llamó rápidamente, y asistimos como dos gárgolas penitentes a la examinación del resucitado. Comprobamos el correcto funcionamiento de sus funciones y sensibilidades, el daño cerebral no afectaría más que su locomoción... y la terapia física haría que su existencia volviera a la cotidianidad. Respondía nuestras preguntas en susurros, y cuando su esposa e hijos asistieron al hospital, los reconoció con la desdicha propia de quienes yacen recluidos. Nunca había sido pesimista, pero esperaba lo peor: un fallo renal, un paro cardíaco o una degradación repentina de los tejidos. Sin embargo, el tiempo transcurrió rápido, e Ismael emprendió la dolorosa recuperación motriz de sus piernas entumecidas. Atentos a cualquier atisbo o acción que delatara el horror... inclusive, tomamos turnos para vigilar al paciente pese a nuestras obligaciones.

Estábamos al tanto de cada rumor y acontecimiento originado por el extraño paciente Ismael Bustamante. Antes del accidente era ducho al deporte nacional, la parlería y las apuestas futbolísticas... pero, desde el acontecimiento que interrumpió su vida, se sumió en el cambio consciente más intrigante que hayamos visto. Parecía interesarse por las obras científicas más diversas: astronomía, geología, mecánica, electricidad y en momentos más recatados, dejaba volar la curiosidad con volúmenes metafísicos. Solía pedirle estos libros a su esposa, extrañada por la singularidad que desarrollaba su cónyuge jamás iletrado o enterado de otras pasiones que no

fueran las deportivas. Esta peculiaridad despertó la intriga en mi mentor; por el contrario, yo, más escéptico, aseguraba que el sujeto no quería desperdiciar su existencia en el hedonismo, optando por cultivarse en los saberes que conmovían su curiosidad con una renovada visión.

Ante sus hijos se mostraba arisco, y su esposa confesó que nunca había sido tan distante en su relación. Esto y otros motivos inexplicables transcurridos durante su período en el hospital, nos obligaron a continuar la investigación más allá del sanatorio tras su rehabilitación y baja. La concubina del susodicho, doña Lucía Jiménez, era presta a la superstición y colaboró cuando le pedimos que mantuviera vigilado a su pareja, informándonos de todas sus desavenencias y anormalidades. Incapaz de reconocer a la persona que aparentaba ser aquel hombre, otrora afable y bienamado; sus modos eran superficiales y no parecía interesado en las banalidades de su entorno, salvo para estudiar una composición estelar que había trazado con su rápido aprendizaje astronómico. Esta obsesión alteró a la mujer, y tuvimos que convencerla sobre los posibles daños psíquicos que sufrió su mente durante la apoplejía y la trepanación craneal... normalizando su cambio de perspectiva y sus intereses. Aunque en nuestras más catastróficas conjeturas ideamos que los recuerdos y pensamientos de Ismael Bustamante se vieron reducidos infinitamente por la usurpación de una criatura de longevidad inefable, posiblemente anterior a cualquier concepción de tiempo ideada por los humanos. Esta entidad cabal y pensante había sido arrastrada desde el albor de las tinieblas por el canal de la conjuración, y su aparente infiltración en nuestro mundo daba mucho que pensar sobre la naturaleza de estas manifestaciones y aparentes «resurrecciones» clínicas.

Habíamos ideado fórmulas para desatar el conjuro, pero tras numerosos fracasos concluimos que la posesión

del receptáculo era incorruptible. No podíamos dañar aquella presencia tanto como podíamos corromper la mente de cualquier otro ser humano... y las soluciones eclesiásticas que aportó Lucía tampoco afectaban a la grotesca criatura retenida en el cuerpo de Ismael Bustamante.

Durante la Noche de Brujas, se apoderó de él un furor inaudito como el de un lunático, hallándose a altas horas de la madrugada recorriendo las calles lúgubres del Malecón cual espanto, y arrodillándose en los tumultos del panteón abandonado. Fueron muchos los que atestiguaron haber visto al hombre hablando con el viento y cayendo desmayado tras sumergirse en trances psicóticos. Cuando su mujer lo halló, la víspera de los Santos... lo escuchó maldecir en una lengua espeluznante que «parecía el sonido de una garganta humana desgarrándose —nos dijo por teléfono—, creí que se estaba ahogando, pero pronto... sentí que no estaba solo».

Nunca supimos con qué o quién estuvo conversando Ismael; puede que el mundo esté poblado por extrañas criaturas que somos incapaces de ver... y que muchas de ellas solo puedan visitar estas tierras en ciertas fechas. El aislamiento del hombre se volvió más inhóspito, y Lucía temió por sus hijos... mientras Ismael dedicó su tiempo a recolectar extraños cristales de cuarzo y distintas piedras naturales para tallar figuras geométricas de una magnífica contextura y forma. La abstracción de su oficio escondía la cúspide de su alienación, pues en las noches solía vagar por la casa o el patio para calcular el ángulo de las estrellas con unos rudimentarios aparatos que construyó él mismo. Una mañana, encontró a su esposo excavando agujeros para enterrar sus esculturas rocosas de formas irregulares. A partir de ese momento, el horror comenzó a manifestarse como nunca: se oían susurros ininteligibles, los metales cotidianos soltaban espontáneos chispazos de estática, los niños veían sombras en el patio

y una iridiscencia brillaba como un espejismo en los círculos de tierra que Ismael excavó. Una vez le preguntó a su esposo de qué se trataba y él simplemente respondió que «los Visitantes no pueden entrar sin invitación».

Lucía creía que su marido estaba loco, y que en Nochebuena planeaba culminar el último de sus artefactos de piedra. El doctor Cruz y yo habíamos visitado a Ismael Bustamante, con tal de desentrañar el secreto de sus dispositivos alienígenas formados por distintos trozos de piedras pulidas y talladas, que se unían con rigurosos encajes en formas retorcidas e indescriptibles. La aparente asimetría de sus rudimentos y las composiciones minerales confería a sus piezas únicas la armonía irrepetible que solo una mente enloquecida podría apreciar.

Nuestras entrevistas eran rápidas y rutinarias: chequeamos la presión sanguínea, la frecuencia cardíaca, los nervios craneales y la respuesta motriz. El interés del paciente por la astrología era impresionante, y sus conocimientos en los diversos campos de la física y la química se habían expandido rápidamente. Temíamos que el ser que poseía el cuerpo de Ismael Bustamante planeara una hecatombe como ninguna otra, ante la apertura de una puerta ignominiosa... y esperamos, pacientemente, hasta el solsticio de invierno. Habíamos dispuesto las horas para interrumpir la ceremonia planeada por la criatura que se hacía pasar por Ismael Bustamante... y esperamos la señal de doña Lucía al clarear de las extrañas luces que ascendieron de la tierra en el momento de su ejecución.

Acá mi relato se torna inverosímil y siniestro. Albergamos dudas hasta el último momento. No estábamos preparados para enfrentar el horror que danzaba en aquel patio sembrado de estática y presencias que oprimían nuestros pulmones. Para comprobar la veracidad de aquella contravención me atreveré a asociar las auroras boreales captadas en el cielo durante las horas más oscuras de esa noche... así como

la gigantesca sombra mefítica que muchos habitantes avistaron en las nubes durante el estallido de los fuegos artificiales. Solo diré que los dispositivos que fabricó Ismael Bustamante funcionaron, y que vimos colores indescritibles y oímos sonidos enloquecedores en una tormenta de fulgores ignífugos y soles negros. La Muerte estaba allí.

Saltamos el muro, y diez minutos después, Ismael Bustamante yacía muerto tras seis disparos contundentes. No sabría decir si el homicida fue mi compañero, el desaparecido doctor Ernesto Cruz, quien era mucho más viejo, sabio y extraño de lo que creí; y yo, el joven residente que pagará los pecados del horror que invocó al violar por pretensión las leyes existenciales que mantienen este mundo unido con delicados hilos terrenales. He escuchado rumores sobre la pena máxima por homicidio, solo tengo una súplica para con la justicia si llego a fallecer en esas cárceles diabólicas: que incineren mi cuerpo. He entablado conversaciones con entidades ansiosas de pernoctar en nuestro mundo para llevar a cabo abominaciones impensables, por ende, prohíbo que este cascarón de piel sea el receptáculo de un horror... y con mi último rezo suplico al Altísimo, si aún no ha sido devorado, que donde sea que estos enjambres deambulen en el vacío sideral... jamás se encuentren con nuestro aislado y agonizante planeta.

Índice

El extraño manuscrito de Ariel Betancourt	9
Los demonios en las paredes	25
El horror de Ciudad Zamora	43
El Culto del Dios de la Carne	71
Memorias del Inframundo	85
El incidente de Atahura	99
El Nigromante	111



Las Brujas de Ciudad Zamora
se imprimió en el mes de junio de 2025
en los talleres de la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, Edo. Miranda, Venezuela.
Son 200 ejemplares.

